EL TRABAJO

CUENTOS Y SEMBLANZAS

Selección y notas
Elkin Obregón S.

CONFIAR EN LA CULTURA
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

EL TRABAJO
CUENTOS Y SEMBLANZAS

Selección y notas
Elkin Obregón S.

CONFIAR®
COOPERATIVA FINANCIERA

FUNDACION
CONFIAR

Primera edición
5.000 ejemplares
Medellín, marzo del 2002

Edición especial 35 años
1.000 ejemplares
Medellín, septiembre de 2007

Edita:
CONFIAR Cooperativa Financiera
Calle 52 N° 49-40 Tel: 5718484 Medellín
confiar@confiar.com.co
www.confiar.coop

ISBN volumen: 958-33-4703-5
ISBN obra completa: 958-4702-7

Ilustración carátula:
Alexánder Bermúdez Echeverri

Diseño e Impresión:
Pregón Ltda.

Este libro no tiene valor comercial
y es de distribución gratuita

Índice

Presentación

La lavandera 9
Isaac Bashevis Singer

Un palacio, noche adentro 21
Marina Colasanti

Pie ante pie 27
Marina Colasanti

Los duendes 33
Hermanos Grimm

El albañilito 39
Edmundo de Amicis

El pequeño escribienteflorentino 45
Edmundo de Amicis

Que pase el aserrador 57
Jesús del Corral

Bajo la lona 73
Rugiero Canne

La trapera 79
Pío Baroja

El secreto del patrón Cornille 87
Alphonse Daudet

El viático 99
Miguel Torga

La tipografía 115
Carlos Castro Saavedra

Ningún trabajo disminuye
al hombre. Todos los trabajos
lo engrandecen, lo dignifican y lo acercan
a la verdadera imagen de la Patria.

Carlos Castro Saavedra.
Elogio de los oficios.

¡Ah, hombres de pensamiento
Nunca sabréis, nunca, cuánto
Aquel humilde operario
Comprendió en aquel momento!
En esa casa vacía
Por él mismo levantada
Un mundo nuevo nacía
Que jamás imaginara.
El obrero, emocionado,
Contempló su propia mano
Su ruda mano de obrero
De obrero de construcción.
Y de ojos puestos en ella
Sintió la breve impresión
De que en el mundo no había
Cosa que fuese más bella.

Vinicius de Moraes,
El obrero de la construcción. (Fragmento).

Presentación

CONFIAR, que siempre ha puesto los empeños en ideas sencillamente humanas como la solidaridad y el bien común, quiere insistir publicando algunas historias sobre el trabajo, otro tema tan humano.

Este libro es el primero de una colección de lecturas cortas, seleccionadas de tal manera que faciliten el elemental goce de leer. Pero sería mentir si no confesamos que hay más esperanzas puestas en la lectura, en las poderosas fuerzas que encierra.

CONFIAR entrega ***El Trabajo, cuentos y semblanzas*** para que cada uno de los lectores pueda conocer más, y saber más, y ser mejor.

La lavandera

Isaac Bashevis Singer

ISAAC BASHEVIS SINGER (1904-1991). Escritor polaco, hijo de un rabino, escribió buena parte de su obra en yidish. Emigró a Estados Unidos en 1935. Cítense algunas de sus novelas, por lo demás numerosísimas: *El mago de Lublín, La familia Moskat, Los herederos, Sombras sobre el Hudson*. Es autor además de dos libros de memorias, *En la corte de mi padre y Amor y exilio*. Recibió en 1978 el premio Nobel de literatura. Varias de sus obras han sido llevadas al cine.

Nuestra familia tenía poco contacto con gentiles. El único gentil del edificio era el portero, que solía venir los viernes por su propina: "La plata del viernes". Se quedaba parado junto a la puerta, se quitaba el sombrero y mi madre le entregaba seis centavos.

Además del portero, gentiles eran también las lavanderas, que venían a casa por la ropa sucia. Mi historia se refiere a una de ellas.

Era una anciana, pequeña y arrugada, que cuando comenzó a lavarnos la ropa contaba ya más de setenta años. La mayoría de las mujeres judías de esa edad eran enfermizas, débiles, y de mal estado físico; las mujeres de nuestra calle tenían las espaldas encorvadas y usaban bastones para caminar, mas esta lavandera, pequeña y delgada como era, poseía una fuerza proveniente de generacio-

nes de antepasados campesinos. Mamá solía sacar del saco la ropa que se había acumulado durante varias semanas y contarla delante de ella, que entonces alzaba el pesado bulto, lo acomodaba en sus hombros angostos y emprendía el largo camino a casa. También ella vivía en la calle Krochmalna, pero al otro extremo, cerca de Wola, lo cual quería decir que debía caminar hora y media.

Más o menos dos semanas después traía la ropa. Mi madre estaba más contenta con ella que con ninguna otra antes porque dejaba cada pieza de ropa blanca reluciente como la plata brillada, y no cobraba más. Había sido un verdadero hallazgo. Mi madre siempre le tenía listo el dinero para que no tuviese que venir una segunda vez desde tan lejos.

Lavar la ropa no era trabajo fácil en aquellos días. La anciana no tenía grifo en el lugar donde vivía y debía traer el agua desde una bomba. Para que la ropa blanca quedara tan limpia era preciso estregarla bien en una tina, echarle soda, dejarla en remojo, hervirla en una olla enorme, almidonarla y plancharla. Cada pieza era manipulada diez o más veces. ¡Y el secado! No podía hacerse al aire libre porque los ladrones se la robaban, y una vez escurrida, debía llevarse al desván para colgarla en alambres. En el invierno se ponía tan quebradiza como el vidrio y casi se par-

tía al tocarla. Además, siempre se formaban zafarranchos con las otras amas de casa y lavanderas que querían el desván para ellas. ¡Sólo Dios sabía cuánto debía soportar cada vez que lavaba!

La anciana podría haber pedido limosna a la entrada de una iglesia o ingresar a un asilo para ancianos indigentes, pero tenía un cierto orgullo y aquel amor al trabajo con el que los gentiles han sido bendecidos. No deseaba convertirse en carga para nadie y por eso llevaba su carga sola.

Como mi madre hablaba algo de polaco, la vieja conversaba con ella sobre muchas cosas. A mí me quería de manera especial. Solía decir que me parecía a Jesús, cosa que repetía cada vez que venía y ante la cual mi madre solía fruncir el ceño y murmurar para sí, moviendo los labios en forma casi imperceptible: "Que el viento se lleve sus palabras".

La mujer tenía un hijo rico —ya no recuerdo en qué negociaba—, que se avergonzaba de su madre, la lavandera; nunca venía a verla ni le daba un centavo. La anciana contaba todo esto sin rencor. Un día su hijo se casó, parece que con un buen partido. La boda se celebró en una iglesia; aunque el hijo no había invitado a su anciana madre, ella se fue a esperar en las escalinatas para ver-

lo llevar a la "joven dama" al altar. No quiero parecer chovinista, mas no creo que un hijo judío hubiese actuado de este modo. Pero si lo hiciera, no dudo que la madre judía armaría un escándalo y se lamentaría y hasta enviaría por el bedel para llamarlo al orden. En síntesis, los judíos son judíos y los gentiles, gentiles.

La historia del hijo ingrato dejó una profunda impresión en mi madre, que por días y días habló del asunto, pues lo consideraba no sólo una afrenta a la anciana sino a toda la institución de la maternidad. Mi madre alegaba:

—Nu, **¿**paga acaso sacrificarse por los hijos**?** La madre consume hasta su último aliento y el hombre ni siquiera conoce el significado de la palabra lealtad.

Y empezaba a echar sombrías indirectas, insinuando que no estaba segura de sus propios hijos:

—**¿**Quién sabe qué serán capaces de hacer algún día**?**

No obstante, esto no le impedía dedicarse de cuerpo y alma a nosotros. Si en casa había alguna golosina, la guardaba para los niños; se inventaba toda suerte de disculpas y razones para explicar por qué no quería probarla ella misma; conocía encantamientos que databan de tiempos antiguos y usaba ex-

presiones heredadas de generaciones de madres y abuelas devotas; si uno de sus hijos se quejaba de algún dolor, ella diría: "Permita Dios que yo sea tu rescate y sobrevivas a mis huesos", o "Que sirva yo de expiación hasta para tu dedo meñique". Cuando comíamos decía: "Salud y tuétanos en los huesos". La víspera de luna nueva nos daba un pedazo de dulce especial diciéndonos que era para prevenir las lombrices. Si a alguno de nosotros le entraba un mugre en un ojo, se lo quitaba con la lengua; nos daba también confites contra la tos, y de tiempo en tiempo nos llevaba a que nos bendijeran contra el mal de ojo. No obstante, leía también obras filosóficas serias, como Los deberes del corazón, El libro de la alianza y otras.

Pero regresemos a la lavandera. Aquel había sido un invierno crudo y en las calles hacía un frío atenazador. Por más caliente que estuviese nuestra estufa las ventanas se llenaban de dibujos de escarcha y se adornaban de carámbanos; los periódicos informaban que la gente se moría de frío y el carbón comenzó a escasear; el invierno llegó a ponerse tan duro que los padres dejaron de enviar a sus hijos al jéder, y hasta las escuelas polacas fueron cerradas.

En un día como estos, la lavandera, ahora de casi ochenta años, llegó a nuestra casa.

En las últimas semanas se había acumulado gran cantidad de ropa para lavar. Mi madre le sirvió una taza de té para que se calentara, y una hogaza de pan. La anciana se sentó en el asiento de la cocina, tiritando, y se calentaba las manos contra la tetera. Tenía los dedos torcidos a causa del trabajo, y quizás también de la artritis, y las uñas de un extraño color blanco: eran manos que hablaban de la tozudez humana, de la voluntad de trabajar no sólo hasta donde la fuerza lo permite sino aun más allá de sus límites. Mamá contó la ropa y elaboró la lista: camisillas de hombre, vestidos de mujer, pantaloncillos largos, bombachos, enaguas, camisas, fundas para los edredones de plumas, fundas de almohadas, sábanas, y los chales con flecos de los hombres. Sí, la mujer gentil también lavaba estas indumentarias sagradas.

El bulto era grande, más de lo normal. Cuando la mujer se lo puso sobre los hombros, la tapó por completo. Al principio se tambaleó, como si fuera a caerse bajo el peso de la carga, pero una obstinación interior parecía gritarle: "No, no te puedes caer. Un burro puede permitirse el lujo de doblegarse bajo el peso de su carga, mas no el ser humano, rey de la creación".

Fue terrible observar a la vieja salir bamboleándose bajo su enorme bulto a enfren-

tar una nieve seca como la sal y un aire lleno de remolinos blancos de nieve en polvo, como duendes que danzan en el frío. ¿Lograría la anciana llegar a Wola? La buena mujer desapareció y mi madre suspiró y se puso a orar por ella.

Normalmente la mujer regresaba con la ropa en dos semanas, o máximo tres; pero en esta ocasión pasaron tres, luego cuatro y cinco, y nada se sabía de la anciana. Nos quedamos sin ropa de cama; el frío se hacía cada vez más intenso, los alambres de los teléfonos se volvieron tan gruesos como cables, las ramas de los árboles parecían de vidrio; había caído tanta nieve que las calles se habían desnivelado, y en muchas era posible deslizarse en trineos como si fuesen laderas de una colina. La gente de buen corazón hacía fogatas en la calle para que los vagabundos se calentaran y asaran papas, en caso de tenerlas.

Para nosotros, la ausencia de la vieja fue una catástrofe. Necesitábamos la ropa, pero no sabíamos su dirección. Todo parecía indicar que había sufrido un colapso, y había muerto. Mi madre declaró que ella había tenido la premonición, cuando la vieja salió de la casa la última vez, de que no volvería a ver nuestras cosas nunca más. Encontró unas camisas viejas y rotas, las lavó y las remendó.

Lamentábamos no sólo nuestra ropa sino a la anciana mujer, agobiada de trabajo, que se había hecho cercana a nosotros durante tantos años de servicio fiel.

Más de dos meses transcurrieron; aquella helada había cedido y una nueva llegó; otra ola de frío. Una noche, mientras mamá remendaba una camisa, sentada al pie de la lámpara de kerosene, la puerta se abrió para dar paso a una pequeña bocanada de vapor, seguida de un bulto gigante. Bajo el bulto se tambaleaba la anciana, su semblante blanco como una sábana de lino. Unas pocas mechas de pelo gris se asomaban en desorden por su chal. Mamá sofocó un grito; era como si un cadáver hubiese entrado al cuarto; yo corrí hacia ella y le ayudé a bajar el bulto. Se veía más delgada aún, más gacha, con el rostro más enjuto. Movía la cabeza de un lado a otro, como diciendo no. Era incapaz de emitir una sola palabra clara; sólo murmuraba algo indefinido con su boca hundida y sus pálidos labios.

Tras recuperar el aliento, nos contó que había estado muy, muy enferma, no recuerdo de qué; sólo sé que se había visto tan mal que alguien había llamado a un médico y éste había mandado por un sacerdote. Le informaron esto al hijo y contribuyó con dinero para el ataúd y el funeral. Mas el Todopode-

roso no quería llevarse aún a esta alma adolorida. Comenzó entonces a sentirse mejor, se restableció, y apenas fue capaz de sostenerse en sus dos pies reanudó su trabajo, y lavó no sólo nuestra ropa sino asimismo la de varias otras familias.

—No podía descansar con tranquilidad en mi cama con tanta ropa para lavar —explicó la anciana—. La ropa no me dejó morir.

—Con la ayuda de Dios, vas a vivir hasta los ciento veinte años —dijo mi madre bendiciéndola.

—¡Que Dios no lo quiera! **¿**Para qué tener una vida tan larga**?** El trabajo está cada vez más duro, las fuerzas me abandonan, ¡no deseo ser carga para nadie!

La anciana murmuró algo, se santiguó, y levantó los ojos al cielo. Por fortuna había algo de dinero en casa y mamá contó lo que le debía. Tuve un extraño sentimiento: las monedas, en aquellas manos viejas y gastadas de tanto lavar, también parecían cansadas, limpias y piadosas, como su dueña. Las sopló, las amarró en un pañuelo y se marchó, no sin antes prometer que regresaría en unas semanas por una nueva carga de ropa sucia.

Pero no regresó más. El bulto devuelto poco antes había sido su último esfuerzo en este mundo. La había animado la indomable

voluntad de regresar la propiedad a sus legítimos dueños, de cumplir a cabalidad con la tarea emprendida.

Y ahora sí, su cuerpo, que desde tiempo atrás era sólo un tiesto viejo sostenido por la fuerza de la honestidad y del deber, se había derrumbado. Su alma pasó a aquellas esferas donde todas las almas se encuentran, sin importar los credos, las lenguas y los papeles desempeñados en este mundo. No puedo concebir el Edén sin esta lavandera, y no puedo siquiera imaginar un mundo donde no exista recompensa para un esfuerzo semejante.

De *En la corte de mi padre.*
Traducción de Eva Zimerman.

Un palacio, noche adentro

Marina Colasanti

MARINA COLASANTI (1938). Nacida en Etiopía, hija de padres italianos, vive en Brasil desde su niñez, y debe considerársele, sin lugar a dudas, una escritora brasilera. Además de escribir, pinta, y suele ilustrar sus propios libros. Ha recibido varios premios por su obra literaria, y en ésta sobresale, por vocación y méritos, la temática infantil y juvenil.

Sin haber deseado nunca una casa, aquel hombre se sorprendió deseando un palacio. Y el deseo, que había empezado pequeño, creció rápidamente, ocupando todo su querer con cúpulas y torres, fosos y mazmorras, e inmensas escalinatas cuyos peldaños se perderían en la sombra, o en el cielo.

¿Pero cómo construir un palacio cuando se es apenas un hombre, sin bienes ni riquezas**?**

"Sería bueno si pudiera construir un palacio de agua, fresco y cantarín", pensó el hombre mientras caminaba por la orilla del río.

Arrodillándose, hundió las manos en la corriente. Pero el agua siguió su viaje, sin que sus dedos bastaran para retenerla. Y el hombre se levantó y prosiguió su marcha.

"Sería bueno si pudiera construir un palacio de fuego, luminoso y danzante", pensó después el hombre, frente a la hoguera que había encendido para calentarse.

Pero al extender la mano para tocar las llamas, se quemó los dedos. Y advirtió que aunque lograra construirlo, jamás podría habitar en él.

Tal vez porque el fuego era caliente como el sol, le pareció verse, niño, a la orilla del mar. Y, con el recuerdo, surgieron ante sus ojos los lindos castillos de arena que en esos tiempos construía. Ahora, el mar estaba lejos. Pero el hombre se puso de pie y caminó, caminó, caminó. Hasta llegar al desierto, donde hundió sus manos en la arena y, con su sudor, comenzó a moldearla.

Esta vez, anchos muros se irguieron, dorados como el pan. Y una escalinata que llegaba a lo alto, y una terraza que coronaba la escalinata, y unas columnas que sostenían la terraza. Pero al atardecer el viento despertó, y con su blanda lengua comenzó a lamer la construcción. Arrancó los muros, destruyó la terraza, tumbó las columnas que el hombre ni siquiera había acabado de levantar.

Con razón, pensó el hombre, paciente. Es preciso un material más duradero para hacer un palacio.

Abandonó el desierto, atravesó la planicie, escaló una montaña. Se sentó en la cima y, en voz alta, comenzó a describir el palacio que veía en su imaginación.

Salidas de su boca, las palabras se apiñaban como ladrillos. Salones, patios, galerías surgían poco a poco en lo alto de la montaña, rodeados por los jardines de las frases. Pero no había allí nadie que pudiese oír. Y cuando el hombre, cansado, guardó silencio, la rica arquitectura pareció estremecerse, desdibujarse. Y, con el silencio, poco a poco se deshizo.

Aún era de día. Agotados todos los recursos, no se agotaba sin embargo el deseo. Entonces el hombre se acostó, se cubrió con su capa, ató sobre sus ojos el pañuelo que traía al cuello. Y empezó a soñar.

Soñó que unos arquitectos le mostraban sus proyectos, trazados en rollos de pergamino. Se soñó a sí mismo estudiando aquellos proyectos. Soñó luego los pedreros que tallaban piedras en las canteras, los leñadores que abatían árboles en las florestas, los alfareros que ponían ladrillos a secar. Soñó el cansancio y los cantos de todos esos hombres. Y soñó las mujeres que asaban el pan a ellos destinado.

Después soñó las fundaciones, a medida que eran plantadas en la tierra. Y el palacio,

saliendo del suelo como un árbol, creciendo, llenando el espacio del sueño con sus cúpulas, sus minaretes, sus cientos y cientos de escalones. Soñando, vio aún que la sombra de su palacio dibujaba otro palacio sobre las piedras. Y sólo entonces despertó.

Miró la luna en lo alto, sin saber que ya ella había tenido tiempo de levantarse y ocultarse más de una vez. Miró a su alrededor. Continuaba solo, en la cima de la montaña ventosa, sin abrigo. No habitaba en el palacio. Pero éste, grandioso e imponente como ningún otro palacio, habitaba en él, para siempre. Y tal vez navegara silencioso, noche adentro, rumbo al sueño de otro hombre.

Pie ante pie

Marina Colasanti

Nariz puntuda, mirar agudo, gesto de seda. Dicho eso, está descrito el zapatero real. No del rey, porque no lo había en aquel reino, sino de la reina, dueña del cetro y la corona.

Y no sólo de ella, pues con holgura alcanzaba para más de una persona el talento del zapatero: también de las damas de compañía y, a veces, de algunas escasas cortesanas y escasísimos cortesanos escogidos por el dedo real.

Entre esos cortesanos, sucedió que un día vino a incluirse el gran general, así llamado no tanto por la estatura, bastante vulgar por cierto, como por sus incontables victorias en los campos de batalla. Queriendo precisamente recompensarlo por la última, y ya que no había más medallas para colocar en su pecho, ni más espacio en éste para

prender medalla alguna, pensó la reina que el premio podría consistir en un bello par de botas, fabricadas especialmente para él por el zapatero real.

Ignoraba la soberana que, así se tratara de un inigualable artesano, poco o nada entendía de botas el zapatero. Sus hábiles dedos lucían más en la confección de zapatillas delicadas, babuchas, primores de satín y terciopelo adornados con lazos y rematados en altos y finos tacones.

Incluso los calzados masculinos, que tan raras veces fabricaba, tenían por destino personajes de la corte, y eran casi tan graciosos como los de las damas. Botas no habían salido de sus manos.

Aun así, se esmeró cuanto pudo. Durante días trabajó el firme cuero, las gruesas suelas, los duros tacones. Todo le resultaba ajeno. Su ceño se fruncía, sus dedos se herían. Pero el martillo batía, las agujas subían y bajaban. Y por fin, cuando las botas estuvieron listas, les regaló un brillante par de hebillas de plata, y se regaló a sí mismo una amplia sonrisa.

Ansioso de estrenarlas, y no viendo ocasión propicia, el general trató de buscar una. A la primera provocación de un vecino enemigo declaró inevitable la batalla. Y allá se fue, con las altas botas relucientes y el som-

brero emplumado, al frente de sus tropas. Reverdecía el campo que muy pronto estaría rojo. El enemigo erguía sus mosquetes en un flanco, los oficiales desenvainaban las espadas en el otro. El general alzó el brazo. Los trompeteros tocaron al ataque. Los soldados avanzaron raudos hacia el frente.

Pero, en lugar de sentir que arremetía contra el adversario en alas de un heroico coraje, el general advirtió que sus pies retrocedían, llevándolo inapelablemente en dirección opuesta. La tropa boquiabierta vio cómo su líder salía corriendo, de espaldas. Y, aunque sin entender la inusitada maniobra militar, siguió su ejemplo. Caían algunos por falta de habilidad, tropezaban otros, mientras la mayoría retrocedía como un bando de escorpiones, abandonando el campo de batalla entre las carcajadas del enemigo.

Sin aliento, sin gloria y sin sombrero de plumas logró al fin sentarse en el suelo el general. Se descalzó las botas, y los pies se movieron, libres, confirmando sus sospechas. Eran ellas las responsables, ellas que con sus hebillas de plata y su brillo engañoso habían comandado sus pasos rumbo a la degradación.

Si la cabeza del zapatero no rodó fue solamente porque gustaban de ella los pies reales. Y porque él, contrito, admitió su error,

confesando que por falta de costumbre había cosido las gruesas suelas —¡y con cuánto esmero!— de atrás hacia delante. Jamás volvería a suceder, prometió.

Y la reina, para demostrarle que lo había perdonado, y para amansar las iras del general, le pidió para él un nuevo calzado. No más botas, claro, pues el reino no podía correr tamaño riesgo. Serían zapatos, iguales a los que se usaban en la corte.

Esta vez el zapatero no tuvo que fruncir el ceño ni herirse los dedos. Hacer zapatos cortesanos era justamente su único y verdadero oficio. Y sabía ejercerlo mejor que nadie. Muy pronto estuvieron terminados.

Y muy pronto los calzó el general. Y con ellos en los pies fue a plantarse con sus hombres en aquel mismo campo de batalla que había presenciado su deshonra. El enemigo erguía sus mosquetes en un flanco. Se desenvainaban en el otro las espadas. El general levantó el brazo dando la orden. Los trompeteros soplaron sus instrumentos. Las primeras notas del toque de asalto inundaron el aire. La tropa avanzó rauda hacia el frente.

Pero al sonido de las notas, los zapatos, hechos para la corte y preparados para los bailes, empezaron a danzar. Giraba el general, dando saltitos. La tropa, consternada, pero adiestrada en la obediencia, siguió de nue-

vo sus pasos. Oficiales y soldados se deslizaron dando vueltas, solos o en parejas, bailarines de armas en mano pisoteando con pies ágiles el campo lleno de amapolas, mientras a lo lejos, cada vez más lejos, resonaban las carcajadas del adversario.

Esta vez, ni la benevolencia de la reina pudo impedir que el zapatero fuese encerrado en la torre más alta del reino, a la espera del cadalso.

Y ahí estaba pues él, sentado en un frío piso de piedra, contemplando en lo alto, muy en lo alto, la única ventana de la torre, y más allá, a través de ella, el cielo azul.

Toda la tarde la pasó en esa contemplación, dejando que se apagara aquel azul que tal vez sería el último.

Y poco a poco el azul se hizo violeta. Y en el violeta cada vez más oscuro se recortó una silueta, y después otra, y otra.

Eran murciélagos que se lanzaban a la noche. En un rapto de ternura, el zapatero se acordó de su taller, de los pequeños zapatos colgados del techo sobre su cabeza, en ordenada fila, par a par, montando guardia a su labor, pendiendo como murciélagos en su sueño diurno.

Allá arriba entrevió otra forma móvil, fugaz. Se quitó entonces los zapatos. Con cuidado los ató por los cordones. Después, in-

troduciendo en uno la mano y el pulgar en el otro, los unió con firmeza, levantándolos del suelo.

Como si despertaran al toque de sus manos, los zapatos se estremecieron. Muy despacio empezaron a moverse, revolotearon como dos alas negras. Dos alas que, batiendo lentas al principio, luego cada vez más rápidas, ascendieron, llevando consigo al zapatero. Y en la oscuridad que ya invadía la torre como agua en un pozo, lo llevaron hasta la ventana y se internaron con él en el cielo color violeta.

De *Lejos como mi querer y otros cuentos.*
Traducción de Elkin Obregón S.

Los duendes

Hermanos Grimm

Los hermanos JAKOB (1785-1863) y WILHELM (1786-1859) GRIMM alcanzaron la fama (y no es excesivo decir que la inmortalidad) por haber escrito en colaboración la magna suma de sus *Cuentos*, exhaustiva y rigurosa compilación de leyendas y relatos orales de su Alemania natal. A ellos debemos, entre muchísimas otras, las historias de *Caperucita Roja, La cenicienta, Pulgarcito, El sastrecillo valiente, Hänsel y Gretel...* todas ellas incorporadas para siempre al fabulario infantil universal.

Érase una vez un zapatero que se había vuelto tan pobre, aunque no por su culpa, que al final no le quedaba más cuero que para un par de zapatos. Por la noche cortó los zapatos que quería terminar a la mañana siguiente, y como tenía la conciencia limpia, se metió tranquilamente en la cama, se encomendó a Dios y se durmió.

A la mañana siguiente, después de haber recitado sus oraciones, se quiso poner de nuevo a su trabajo y se encontró los zapatos totalmente terminados encima de su mesa. Asombrado, no sabía qué decir a esto. Cogió los zapatos en la mano para observarlos de cerca; estaban hechos de una forma tan perfecta que no había ni una mala puntada, como si fueran una obra maestra. Poco después llegó un comprador y le gustaron tanto los zapatos, que pagó más de lo que era nor-

mal, y con aquellas monedas el zapatero pudo hacerse con cuero para dos pares de zapatos. Los cortó por la noche y quiso, por la mañana, dedicarse al trabajo con fuerzas renovadas, pero no lo necesitó, pues al levantarse estaban ya listos, y tampoco esta vez permanecieron ausentes los compradores, que le dieron tanto dinero que ahora pudo comprar cuero para cuatro pares de zapatos. A la mañana siguiente se encontró los cuatro pares de zapatos listos, y así siguió pasando que lo que cortaba por la noche estaba hecho por la mañana. De tal manera que pronto llegó a tener para vivir decentemente y finalmente llegó a ser un hombre rico.

Entonces sucedió una noche, no mucho antes de Navidad, que, cuando el hombre ya había cortado de nuevo los zapatos, antes de irse a la cama le dijo a su mujer:

—¿Qué pasaría si esta noche nos quedamos en pie para ver quién es el que nos presta tan buena ayuda?

La mujer asintió y encendió una luz, después se escondieron en la esquina de la habitación detrás de la ropa que estaba allí colgada y estuvieron atentos.

Cuando llegó la medianoche, vinieron dos hombrecillos desnudos y graciosos, se sentaron ante la mesa del zapatero, cogieron todo el material cortado y comenzaron

con sus deditos a clavar, coser y golpear tan ágil y rápidamente, que el zapatero no podía apartar la vista de lo admirado que estaba. No lo dejaron hasta que todo estuvo terminado y listo sobre la mesa; después se fueron velozmente.

A la mañana siguiente dijo la mujer:

—Los hombrecillos nos han hecho ricos. Debíamos mostrarnos agradecidos. Corren por ahí sin nada en el cuerpo y tienen que pasar frío. ¿Sabes una cosa? Les haré unas camisitas, chaquetas, petos y pantaloncitos, les tejeré también un par de medias y tú hazle a cada uno un par de zapatos.

El hombre dijo:

—Me parece bien.

Y por la noche, cuando tenían ya todo terminado, colocaron los regalos en vez del material cortado sobre la mesa y se escondieron para ver cómo se comportaban los hombrecillos. A medianoche entraron saltando y quisieron ponerse rápidamente al trabajo: pero cuando no encontraron ningún cuero cortado, sino las graciosas piezas de ropa, primero se asombraron, pero luego dieron muestra de una gran alegría. Con enorme rapidez se las pusieron ajustándolas a su cuerpo y cantaron:

¿No somos elegantes muchachos retrecheros?
¿Por qué vamos a ser más tiempo zapateros?

Entonces brincaron, bailaron y saltaron sobre las sillas y bancos; luego se alejaron danzando por la puerta, y a partir de ese momento no volvieron nunca más; al zapatero le fue bien toda su vida y tuvo suerte en todo lo que emprendió.

De *Cuentos de niños y del hogar.*
Traducción de María Antonia Seijo Castroviejo.

El albañilito

Edmundo de Amicis

EDMUNDO DE AMICIS (1846-1908). Escritor italiano, viajero impenitente. Aunque escribió mucho (*Vida militar, España, Recuerdos de París, Los amigos, Retratos literarios*), hoy se le recuerda, digamos que exclusivamente, por *Corazón, diario de un niño,* libro en donde evoca y reelabora literariamente, con nostalgia y ternura, estampas de su niñez pueblerina.

Domingo 11. —El albañilito ha venido hoy de cazadora, vestido con la ropa de su padre, blanca todavía por la cal y el yeso. Mi padre deseaba que viniese aún más que yo. ¡Cómo le gusta!

Apenas entró se quitó su viejísimo sombrero, que estaba cubierto de nieve, y se lo metió en un bolsillo; después vino hacia mí con aquel andar descuidado, de trabajador fatigado, volviendo aquí y allá su cabeza, redonda como una manzana, y con su nariz roma; y cuando fue al comedor, dirigiendo una ojeada a los muebles, fijó sus ojos en un cuadrito que representaba a Rigoletto, un bufón jorobado, y puso la cara de "hocico de liebre". Es imposible dejar de reírse al vérselo hacer.

Nos pusimos a jugar con palitos; y tiene una habilidad extraordinaria para hacer

torres y puentes, que parece se están de pie por milagro, y trabaja en ello muy serio, con la paciencia de un hombre. Entre una y otra torre me hablaba de su familia; viven en un desván; su padre, por la noche, va a la escuela de adultos, a aprender a leer; su madre no es de aquí. Parece que le quieren mucho, porque, aunque él viste pobremente, va bien guardado del frío, con la ropa remendada y el lazo de la corbata bien hecho y anudado por su misma madre. Su padre, me dice, es un hombretón, un gigante, que apenas cabe por la puerta; es bueno, y llama siempre a su hijo "hociquito de liebre". El hijo, en cambio, es pequeñín.

A las cuatro merendamos juntos, pan y pasas, sentados en el sofá, y cuando nos levantamos, no sé por qué, mi padre no quiso que limpiara el espaldar que el albañilito había manchado de blanco con su chaqueta; me detuvo la mano y lo limpió después él sin que lo viéramos.

Jugando, al albañilito se le cayó un botón de la cazadora, y mi madre se lo pegó; él se puso encarnado, y la veía coser, muy admirado y confuso, no atreviéndose a respirar.

Después le enseñé el álbum de caricaturas, y él, sin darse cuenta, imitaba tan bien los gestos de aquellas caras, que hasta mi padre se reía.

Estaba tan contento cuando se fue, que se olvidó de ponerse el andrajoso sombrero, y al llegar a la puerta de la escalera, para manifestarme su gratitud, me hizo otra vez la gracia de poner el "hocico de liebre". Se llama Antonio Rabucco y tiene ocho años y ocho meses…

"**¿**Sabes, hijo mío, por qué no quise que limpiaras el sofá**?** Porque limpiarle mientras tu compañero lo veía era casi hacerle una reconvención por haberle ensuciado. Y esto no estaba bien: en primer lugar, porque no lo habría hecho de intento, y en segundo, porque le había manchado con ropa de su padre, que a su vez se la había enyesado trabajando; y lo que se mancha trabajando no ensucia; es polvo, cal, barniz, todo lo que quieras, pero no es suciedad. El trabajo no ensucia. No digas nunca de un obrero que sale de su trabajo: 'Va sucio'. Debes decir: 'Tiene en su ropa las señales, las huellas del trabajo'. Recuérdalo. Quiero mucho al albañilito, porque es compañero tuyo, y, además, porque es hijo de obreros.

Tu padre".

El pequeño escribiente florentino

Edmundo de Amicis

Estaba en la cuarta clase elemental. Era un gracioso florentino de doce años, de rubios cabellos y tez blanca, hijo mayor de cierto empleado de ferrocarriles que, teniendo mucha familia y poco sueldo, vivía con suma estrechez. Su padre le quería mucho, y era bueno e indulgente con él; indulgente en todo, menos en lo que se refería a la escuela: en esto era muy exigente y se revestía de bastante severidad, porque el hijo debía ponerse pronto en disposición de obtener otro empleo para ayudar a sostener a la familia; y para valer algo pronto, necesitaba trabajar mucho en poco tiempo; y aunque el muchacho era aplicado, el padre le exhortaba siempre a estudiar. El padre era ya de avanzada edad, y el exceso de trabajo le había también envejecido prematuramente. En efecto, para

proveer a las necesidades de su familia, además del mucho trabajo que tenía en su destino, se buscaba a la vez aquí y allá trabajos extraordinarios de copistas, y se pasaba sin descansar en su mesa buena parte de la noche. Últimamente, de una casa editorial que publicaba libros y periódicos, había recibido encargo de escribir en las fajas el nombre y dirección de los suscriptores, y ganaba tres liras por cada quinientas de aquellas tirillas de papel, escritas en caracteres grandes y regulares. Pero esta tarea le cansaba, y se lamentaba de ello a menudo con la familia, a la hora de comer.

—Estoy perdiendo la vista —decía—; esta ocupación de noche acaba conmigo.

El hijo le dijo un día:

—Papá, déjame en tu lugar; tú sabes que escribo regularmente, tanto como tú.

Pero el padre respondió:

—No, hijo, no; tú debes estudiar; tu escuela es mucho más importante que mis fajas; tendría remordimiento si te privara del estudio una hora; te lo agradezco, pero no quiero; y no me hables más de ello.

El hijo conocía que con su padre era inútil insistir en aquellas cosas, y no insistió. Pero he aquí lo que hizo. Sabía que a las doce en punto su padre dejaba de escribir y salía del despacho para la alcoba. Alguna vez

lo había oído: en cuanto el reloj daba las doce, sentía inmediatamente el ruido de la silla que se movía y el lento paso de su padre. Una noche esperó a que estuviese ya en cama, se vistió sin hacer ruido, anduvo a tientas por el cuarto, encendió el quinqué de petróleo, se sentó en la mesa del despacho, donde había un montón de fajas blancas y la indicación de las señas de los suscriptores, y empezó a escribir, imitando todo lo que pudo la letra de su padre. Y escribía contento, con gusto, aunque con temor; las fajas escritas aumentaban, y de vez en cuando dejaba la pluma para frotarse las manos: después continuaba con más alegría, atento el oído y sonriente. Escribió ciento sesenta: ¡una lira! Entonces paró; dejó la pluma donde estaba, apagó la luz y se volvió a la cama, de puntillas.

Aquel día, a las doce, el padre se sentó a la mesa de buen humor. No había advertido nada. Hacía aquel trabajo mecánicamente, midiendo el tiempo, pensando en otra cosa y no contando las fajas escritas hasta el día siguiente. Sentados a la mesa, jovialmente y poniendo la mano en el hombro de su hijo, le dijo:

—¡Eh, Julio, mira qué buen trabajador es tu padre! En dos horas ha trabajado anoche un tercio más de lo que acostumbra. La ma-

no aún está ágil y los ojos cumplen todavía con su deber.

Y Julio, gozoso, decía entre sí: "¡Pobre padre! Además de la ganancia, le he proporcionado también esta satisfacción: la de no creerse envejecido. ¡Ánimo, pues!"

Alentado con el éxito, la noche siguiente, en cuanto dieron las doce, se levantó otra vez y se puso a trabajar. Y lo mismo siguió haciendo varias noches. Su padre seguía también sin advertir nada. Sólo una vez, mientras cenaban, se le ocurrió esta observación:

—¡Es raro: cuánto petróleo se gasta en esta casa de algún tiempo a esta parte!

Julio se estremeció; pero la conversación no pasó de allí, y el trabajo nocturno siguió adelante.

Lo que sucedió fue que, interrumpiéndose así el sueño todas las noches, Julio no descansaba bastante; por las mañanas se levantaba rendido aún, y por la noche le costaba trabajo tener los ojos abiertos. Una noche, por la primera vez en su vida, se quedó dormido sobre su tarea.

—¡Vamos, vamos! —le gritó su padre, dando una palmada—. ¡Al trabajo!

Se asustó y volvió a ponerse a estudiar. Pero por la noche y a los días siguientes continuaba la cosa igual, y aún peor: daba cabezadas sobre los libros, se despertaba más tar-

de de lo acostumbrado; estudiaba las lecciones con violencia, y parecía que le disgustaba el estudio. Su padre empezó a observarlo; después se preocupó de ello, y, al fin, tuvo que reprenderle. Nunca lo había tenido que hacer por esta causa.

—Julio —le dijo una mañana—, tú te descuidas mucho, no eres ya el de otras veces. No quiero esto. Todas las esperanzas de la familia se cifraban en ti. Estoy muy descontento. **¿**Comprendes**?**

A este regaño, el primero verdaderamente severo que había recibido, el muchacho se turbó. "Sí, cierto —murmuró entre dientes—, así no se puede continuar; es menester que el engaño concluya". Pero en la noche de aquel mismo día, durante la comida, exclamó su padre, con alegría:

—¡Sabed que en este mes he ganado con las fajas treinta y dos liras más que el mes pasado!

Y diciendo esto sacó a la mesa un cartucho de dulces que había comprado, para celebrar con sus hijos la ganancia extraordinaria, que todos acogieron con júbilo. Entonces Julio cobró ánimo y pensó para sí: "¡No, pobre padre, no cesaré de engañarte! Haré mayores esfuerzos para estudiar mucho de día; pero continuaré trabajando de noche para ti y para todos los demás". Y añadió el padre:

—¡Treinta y dos liras!… Estoy contento… Pero hay otra cosa —señaló a Julio— que me disgusta.

Y Julio recibió la reconvención en silencio, conteniendo dos lágrimas que pugnaban por salir, pero sintiendo al mismo tiempo cierta dulzura en el corazón. Y siguió trabajando con ahínco; pero acumulándose un trabajo a otro, le era cada vez más difícil resistir. La cosa duró así dos meses. El padre continuaba reprendiendo al muchacho y mirándole cada vez con más enojo. Un día fue a preguntar por él al maestro, y éste le dijo:

—Sí, cumple porque tiene buena inteligencia; pero no está tan aplicado como antes. Se duerme, bosteza, está distraído. Sus composiciones las hace cortas, de prisa, con mala letra. Él podría hacer más, pero mucho más.

Aquella noche el padre llamó al hijo aparte y le reprendió más severamente que lo había hecho las veces anteriores.

—Julio, tú ves que yo trabajo, que yo gasto la vida para la familia. Tú no me secundas, tú no tienes lástima de mí, ni de tus hermanos, ni aun de tu madre.

—¡Ah, no, no digas eso, padre mío! —gritó el hijo, ahogado en llanto, y abrió la boca para confesarlo todo. Pero su padre le interrumpió, diciendo:

—Tú conoces las condiciones de la familia: sabes que hay necesidad de hacer mucho, de sacrificarnos todos. Yo mismo debía doblar mi trabajo. Yo contaba estos meses últimos con una gratificación de cien liras en el ferrocarril, y he sabido esta semana que ya no la tendré.

Ante esta noticia, Julio retuvo en seguida la confesión que estaba por escaparse de sus labios, y se dijo resueltamente a sí mismo: "No, padre mío, no te diré nada; guardaré el secreto para poder trabajar por ti; del dolor que te causo te compenso de este modo; en la escuela estudiaré siempre lo bastante para salir del paso; lo que importa es ayudarte para ganarte la vida y aligerarte de la ocupación que te mata".

Siguió adelante, transcurrieron otros dos meses de tarea nocturna y de pereza de día, de esfuerzos desesperados del hijo y de amargas reflexiones del padre.

Pero lo peor era que éste se iba distanciando poco a poco del niño, y no le hablaba sino raras veces, como si fuera un hijo desnaturalizado del que nada hubiese que esperar, y casi huía de encontrar su mirada. Julio lo advertía, sufría en silencio, y cuando su padre volvía la espalda, le mandaba un beso furtivamente, volviendo la cara con sentimiento de ternura compasiva y triste.

Mientras tanto, el dolor y la fatiga lo demacraban y le hacían perder el color, obligándolo a descuidarse cada vez más en los estudios. Comprendía perfectamente que todo concluiría en un momento la noche que dijera: "Hoy no me levanto"; pero al dar las doce, en el instante en que debía confirmar enérgicamente su propósito, sentía remordimiento, le parecía que, permaneciendo en la cama, faltaba a su deber, que robaba una lira a su padre y a su familia; y se levantaba, pensando que cualquier noche que su padre se despertara y lo sorprendiera, o que por casualidad se enterara, contando las fajas dos veces, entonces terminaría, naturalmente, todo, sin un acto de su voluntad, para el cual no se sentía con ánimo. Y así continuó la cosa.

Pero una tarde, en la comida, el padre pronunció una frase que fue decisiva para él. Su madre lo miró, y pareciéndole que estaba demacrado y más pálido que de costumbre, le dijo:

—Julio, tú estás malo—. Y volviéndose al padre añadió con ansiedad: —¡Mira qué pálido está! Julio mío, **¿**qué tienes**?**

El padre le miró de reojo y dijo:

—La conciencia hace que tenga mala salud. No estaba así cuando era estudiante aplicado e hijo cariñoso.

—¡Pero está malo! —exclamó la madre.

—¡Ya no me importa! —respondió el padre.

Aquella expresión hirió como una puñalada el corazón del pobre muchacho. ¡Ah! Ya ne le importaba su salud a su padre, que en otro tiempo temblaba al oírle toser solamente. Ya no le quería, pues: había muerto en el corazón de su padre. "¡Ah, no, padre mío!" —dijo entre sí, con el corazón angustiado—. "Ahora acaba esto de veras; no puedo vivir sin tu cariño, lo quiero nuevamente entero; todo te lo diré, no te engañaré más y estudiaré como antes, suceda lo que suceda, para que vuelvas a quererme, padre mío. ¡Oh, estoy decidido en mi resolución!"

Sin embargo, aquella noche se levantó todavía, más bien por la fuerza de la costumbre que por otra causa, y cuando estuvo vestido quiso ir a saludar, volver a ver por algunos minutos, en el silencio de la noche, por última vez, aquel cuarto donde tanto había trabajado secretamente, con el corazón lleno de satisfacción y de ternura. Y cuando volvió a encontrarse en la mesa con la luz encendida, y vio aquellas fajas blancas sobre las cuales no iba ya a escribir más aquellos nombres de ciudades y de personas que se sabía de memoria, le invadió una gran tristeza, e involuntariamente cogió la pluma para reanudar el trabajo acostumbrado. Pero al extender la

mano tocó un libro, y éste se cayó. Se quedó helado. Si su padre se despertaba… cierto que no le habría sorprendido cometiendo ninguna mala acción, y que él mismo había decidido contárselo todo; sin embargo… el oír aproximarse pasos en la oscuridad, el ser sorprendido a aquella hora, con aquel silencio, el que su madre se hubiese despertado y asustado, el pensar que por lo pronto su padre hubiera experimentado una humillación en su presencia, descubriéndolo todo… Todo esto casi le aterraba. Aguzó el oído, conteniendo la respiración… No oyó nada. Escuchó por la cerradura de la puerta que tenía detrás: nada. Toda la casa dormía. Su padre no había oído. Se tranquilizó y volvió a escribir.

Las fajas se amontonaban unas sobre otras. Oyó el paso cadencioso de la guardia municipal en la desierta calle, luego, ruido de carruajes, que cesó al cabo de un rato; después, pasado algún tiempo, el rumor de una fila de carros que pasaron lentamente; más tarde, silencio profundo, interrumpido de vez en cuando por el ladrido de un perro. Y siguió escribiendo.

Entretanto, su padre estaba detrás de él; se había levantado cuando cayó el libro; el ruido de los carros había cubierto el rumor de sus pasos y el ligero chirrido del gozne de la puerta, y allí estaba con su blanca ca-

beza sobre la negra cabecita de Julio. Había visto correr la pluma sobre las fajas, y en un momento lo había comprendido todo, y un arrepentimiento desesperado, una ternura inmensa había invadido su alma, y lo tenía clavado allí, detrás de su hijo. De repente dio Julio un grito agudísimo; dos manos convulsas le habían cogido la cabeza.

—¡Oh, padre mío, perdóname! —gritó, llorando, al reconocer a su padre.

—¡Perdóname tú a mí! —respondió el padre, sollozando y cubriendo su frente de besos—. Lo he comprendido todo, todo lo sé; soy yo quien te pide perdón, santa criatura mía. ¡Ven, ven conmigo!

Y le empujó más bien que le llevó a la cama de su madre, despierta, y arrojándolo entre sus brazos, le dijo:

—¡Besa a nuestro hijo, a este ángel que desde hace tres meses no duerme y trabaja por mí, y yo he contristado su corazón mientras él nos ganaba el pan!

La madre lo apretó contra su pecho, sin poder articular una palabra; después dijo:

—A dormir en seguida, hijo mío; ve a dormir y a descansar. ¡Llévalo a la cama!…

El padre lo estrechó en sus brazos, lo llevó a su cuarto, lo metió en la cama, siempre jadeante y acariciándolo, y le arregló las almohadas y la colcha.

—Gracias, padre —repetía el hijo—, gracias; pero ahora vete tú a la cama; ya estoy contento; vete a la cama, papá.

Pero su padre quería verlo dormir, y sentado a la cabecera de la cama, le cogió la mano y dijo:

—¡Duerme, duerme, hijo mío!

Y Julio, rendido, se durmió por fin, y durmió muchas horas, gozando por primera vez, después de muchos meses, de un sueño tranquilo, de dulces ensueños; y cuando abrió los ojos, después de un buen rato de alumbrar ya el sol, sintió, primero, y vio, después, cerca de su pecho, apoyada sobre el borde de la cama la cabeza plateada de su padre, que había pasado allí la noche y dormía aún, con la frente reclinada al lado de su corazón.

De *Corazón.*
Traducción de R. Riera Rojas.

Que pase el aserrador

Jesús del Corral

JESÚS DEL CORRAL (1871-1931). Cuentista y periodista antioqueño, autor de crónicas, llenas de gracia y de entrañable conocimiento de las gentes de su tierra. Lo mejor de sus escritos fue recopilado en un volumen póstumo (Bogotá, 1944), bajo el título de ***Cuentos y crónicas***. El relato que aquí se reproduce es, sin duda, su obra maestra.

Entre Antioquia y Sopetrán, en las orillas del río Cauca estaba yo fundando una hacienda. Me acompañaba en calidad de mayordomo Simón Pérez, que era todo un hombre, pues ya tenía treinta años, y veinte de ellos los había pasado en lucha tenaz y bravía con la naturaleza, sin sufrir jamás grave derrota. Ni siquiera el paludismo había logrado hincarle el diente, a pesar de que Simón siempre anduvo entre zancudos y demás bichos agresivos.

Para él no había dificultad, y cuando se le proponía que hiciera algo difícil que él no había hecho nunca, siempre contestaba con esta frase alegre y alentadora: "Vamos a ver; más arriesga la pava que el que le tira, y el mico come chumbimba en tiempo de necesidad".

Un sábado en la noche, después del pago de peones, nos quedamos Simón y yo conversando en el corredor de la casa y haciendo

planes para las faenas de la semana entrante, y como yo le manifestara que necesitábamos veinte tablas para construir unas canales en las acequias, y que no había aserradores en el contorno, me dijo:

—Ésas se las asierro yo en estos días.

—¿Cómo? —le pregunté— ¿Sabe usted aserrar?

—Divinamente; soy aserrador graduado, y tal vez el que ha ganado más alto jornal en ese oficio. ¿Que dónde aprendí? Voy a contarle esa historia que es divertida.

Y me refirió esto que es verdaderamente original:

—En la guerra del 85 me reclutaron y me llevaban para la Costa por los Llanos de Ayapel, cuando resolví desertar, en compañía de un indio boyacense. Una noche que estábamos ambos de centinelas, las emplumamos por una cañada, sin dejarle saludes al general Mateus. Al día siguiente ya estábamos a diez leguas de nuestro ilustre jefe, en medio de una montaña donde cantaban los gurríes y maromeaban los micos. Cuatro días anduvimos entre bosques, sin comer, y con los pies heridos por las espinas de las chontas, pues íbamos rompiendo rastrojo con el cuerpo, como vacas ladronas.

¡Lo que es el miedo al cepo de campaña con que acariciaban a los desertores, y a los

quinientos palos con que los maduran antes de tiempo!…

Yo había oído hablar de una empresa minera que estaba fundando el conde de Nadal en el río Nus, y resolví orientarme hacia allá, así al tanteo, y siguiendo por la orilla de una quebrada que, según me habían dicho, desembocaba en aquel río. Efectivamente, al séptimo día, por la mañana, salimos el indio y yo a la desembocadura, y no lejos de allí vimos, entre unas peñas, un hombre que estaba sentado en la orilla opuesta a la que llevábamos nosotros. Fue grande nuestra alegría al verlo, pues íbamos casi muertos de hambre y era seguro que él nos daría de comer.

—Compadre —le grité— ¿cómo se llama esto aquí? ¿La mina de Nus está muy lejos?

—Aquí es; yo soy el encargado de la tarabita para el paso pero tengo orden de no pasar a nadie, porque no se necesitan peones. Lo único que hacen falta son aserradores.

No vacilé un momento en replicar:

—Ya lo sabía y por eso he venido, yo soy aserrador; eche la orilla para este lado.

—¿Y el otro? —preguntó señalando a mi compañero.

El grandísimo majadero tampoco vaciló en contestar rápidamente:

—Yo no sé de eso, apenas soy peón.

No me dio tiempo de aleccionarlo; de decirle que nos importaba comer a todo trance, aunque al día siguiente nos despacharan como a perros vagos; de mostrarle los peligros de muerte si continuaba vagando a la aventura porque estaban lejos los caseríos, o el peligro de la "diana de palos" si lograba salir a algún pueblo antes de un mes. Nada; no me dio tiempo ni para guiñarle el ojo, pues repitió su afirmación sin que le volvieran a hacer la pregunta.

No hubo remedio, y el encargado de manejar la tarabita echó el cajón para este lado del río, después de gritar:

—Que pase el aserrador.

Me despedí del pobre indio y pasé.

Diez minutos después estaba yo en presencia del conde, con el cual tuve este diálogo…

—**¿**Cuánto gana usted**?**

—**¿**A cómo pagan aquí**?**

—Yo tenía dos magníficos aserradores, pero hace quince días murió uno de ellos; les pagaba a ocho reales.

—Pues, señor conde, yo no trabajo a menos de doce reales; a eso me han pagado en todas las empresas en donde he estado, y además, este clima es muy malo; aquí le da fiebre hasta a la quinina y a la sarpoleta.

—Bueno, maestro; "el mono come chumbimba en tiempo de necesidad", quédese y le pagaremos los doce reales. Váyase a los cuarteles de peones a que le den de comer y el lunes empieza trabajos.

¡Bendito sea Dios! Me iban a dar de comer; era sábado, al día siguiente me darían también de comer de balde. Y yo que para poder hablar tenía que recostarme a la pared, pues me iba de espaldas por la debilidad en que estaba.

Entré a la cocina y me comí hasta la cáscara de los plátanos. Me tragaba las yucas con pabilo y todo. Se me escaparon las ollas untadas de manteca porque eran de fierro. El perro de la cocina me veía con extrañeza, como pensando: Caramba con el maestro; si se queda ocho días aquí, nos vamos a morir de hambre el gato y yo.

A las siete de la noche me fui para la casa del conde, el cual vivía con su mujer y dos hijos pequeños que tenía.

Un peón me dio tabaco y me prestó un tiple. Llegué echando humo y cantando la guabina. La pobre señora, que vivía más aburrida que un mico recién cogido, se alegró con mi canto y me suplicó que me sentara en el corredor para que la entretuviera a ella y a sus niños, esa noche.

—Aquí es el tiro, Simón —dije para mis adentros—. Vamos a ganarnos esta gente, por si no resulta el aserrío.

Y les canté todas las trovas que sabía. Porque eso sí, yo no conocía serruchos, tableros y troceros, pero en cantos bravos sí era veterano.

Total, que la señora quedó encantada y me dijo que fuera al día siguiente por la mañana para que le divirtiera los muchachos, pues no sabía qué hacer con ellos los domingos.

¡Y me dio jamón, galletas y jalea de guayaba!

Al otro día estaba este ilustre aserrador con los muchachos del señor conde, bañándose en el río, comiendo ciruelas pasas y, bendito sea Dios y el que exprimió las uvas, ¡bebiendo vino tinto de las mejores marcas europeas!

Llegó el lunes, y los muchachos no quisieron que "el aserrador" fuera a trabajar porque les había prometido llevarlos a un guayabal a coger toches en trampa. Y el conde, riéndose, convino en que el maestro se ganara sus doce reales de manera tan divertida.

Por fin el martes, di principio a mis labores. Me presentaron al otro aserrador para que me pusiera de acuerdo con él, y resolví pisarlo desde la entrada.

—Maestro —le dije de modo que me oyera el conde, que estaba por allí cerca—, a mí me gustan las cosas en orden. Primeramente sepamos qué es lo que se necesita con más urgencia: **¿**tablas, tablones o cercos**?**

—Pues necesitamos cinco mil tablas de comino, para las canales de la acequia, tres mil tablones para los edificios y unos diez mil cercos. Todo de comino, pero debemos comenzar por las tablas.

Por poco me desmayo, trabajo para dos años y… a doce reales al día, bien cuidado y sin riesgo de que castigaran al desertor, porque estaba "en propiedad extranjera".

—Entonces, vamos con método. Lo primero que debemos hacer es dedicarnos a señalar árboles de comino, en el monte, que estén bien rectos y bien gruesos para que den bastantes tablas y no perdamos el tiempo. Después los tumbamos, y, por último, montamos el aserrío. Todo con orden, sí señor, porque si no, no resulta la cosa.

—Así me gusta, maestro —dijo el conde—, se ve que usted es hombre práctico. Disponga los trabajos como lo crea conveniente.

Quedé pues, dueño del campo. El otro maestro, un pobre majadero, comprendió que tenía que agachar la cabeza ante este famoso "aserrador" improvisado. Y a poco sa-

limos a la montaña a señalar árboles de comino. Cuando nos íbamos a internar, le dije a mi compañero:

—No perdamos el tiempo andando juntos. Váyase usted por el alto, y yo me voy por la cañada. Esta tarde nos encontramos aquí; fíjese bien para que no señale árboles torcidos.

Y salí cañada abajo, buscando el río. Y en la orilla de éste me pasé el día, fumando tabaco y lavando la ropita que traje del cuartel del general Mateus.

Por la tarde, en el punto citado, encontré al maestro y le pregunté:

—Vamos a ver, ¿cuántos árboles señaló?

—Doscientos veinte no más, pero muy buenos.

—Pues perdió el día, yo señalé trescientos cincuenta de primera clase.

Había que "pisarlo" en firme, y yo he sido gallo para eso.

Por la noche me hizo llamar la señora del conde, y que llevara el tiple porque tenía cena preparada; que los muchachos estaban deseosísimos de oírme el cuento de *Sebastián de las Gracias*, que les había yo prometido. Ah, y el del *Tío Conejo y el compadre Armadillo*, y ese otro de *Juan sin miedo*, tan emocionante. Se cumplió el programa al pie de la letra. Cuentos y cantos divertidísimos; chistes

de ocasión; cena con salmón, porque estábamos de vigilia; cigarros de anillito dorado, traguito de brandy para el aserrador, pues como había trabajado tanto ese día, necesitaba el pobre que le sostuvieran las fuerzas. Ah, guiñadas de ojos a una sirvienta buena moza que le trajo el chocolate al "maestro" y que al fin quedó de las cuatro patitas cuando oyó la canción aquella de

> Cómo amarte torcaz quejumbrosa
> que en el monte se escucha gemir.

¡Qué aserrío monté esa noche! Le saqué tablas del espinazo al mismo señor conde. Y todo iba mezclado por si se dañaba lo del aserrío. Le conté al patrón que había notado yo ciertos despilfarros en la cocina de peones y no pocas irregularidades en el servicio de la despensa; le hablé de un remedio famoso para curar la renguera (inventado por mí, por supuesto) y le prometí conseguirle un bejuco en la montaña, admirable para todas las enfermedades de la digestión. (Todavía me acuerdo del nombrecito con que lo bauticé: ¡levantamuertos!).

Encantados el hombre y su familia con el "maestro" Simón. ¡Ocho días pasé en la montaña, señalando árboles con mi compañero, o mejor dicho separados, porque yo siempre lo echaba por otro lado distinto al

que yo escogía! ¡Pero sabrá usted que como yo no conocía el comino, tuve que ir primero a mirar los árboles que había señalado el verdadero aserrador!

Cuando ya teníamos marcados unos mil empezamos a echarlos al suelo ayudados por cinco peones. En esa tarea en la cual desempeñaba yo el oficio del director, empleamos más de quince días.

Y todas las noches iba yo a la casa del conde y cenaba divinamente. Y los domingos almorzaba y comía allá, porque era preciso distraer a los muchachos… y a la sirvienta también.

Yo era el sanalotodo en la mina. Mi consejo era decisivo, y no se hacía nada sin mi opinión. ¡Tal vez la célebre cortada del río Nus fracasó más tarde por alguna bestialidad que yo indiqué!

Todo iba a pedir de boca, cuando un día llegó la hora terrible de montar el aserrío de madera. Ya estaba hecho el andamio, y por cierto que cuando lo fabricamos hubo algunas complicaciones, porque el maestro me preguntó:

—¿Qué alto le ponemos?

—¿Cuál acostumbran ustedes por aquí?

—Tres metros.

—Póngale tres con veinte, que es lo mandado entre buenos aserradores. (Si sirve con

tres metros, ¿por qué no ha de servir con veinte centímetros más?).

Ya estaba todo listo: la troza sobre el andamio, y los trazos hechos en ella (por mi compañero, porque yo me limitaba a dar órdenes). La lámpara encendida y el velo en el altar, como dice la canción.

Llegó el momento solemne, y una mañana salimos, camino del aserradero, con los grandes serruchos al hombro. ¡Primera vez que yo veía un comemadera de esos!

Ya al pie del andamio, me preguntó el maestro:

—¿Es usted de abajo o de arriba?

Para resolver tan grave asunto fingí que me rascaba una pierna, y rápidamente pensé: "si me hago arriba, tal vez me tumba éste con el serrucho". De manera que al enderezarme contesté:

—Yo me quedo abajo; encarámese usted.

Trepó por los andamios, colocó el serrucho en la línea… empezamos a aserrar madera.

¡Pero, señor, cómo fue aquello! El chorro de aserrín se vino sobre mí y yo corcoveaba a lado y lado, sin saber cómo defenderme. Se me entraba por las narices, por las orejas, por los ojos, por el cuello de la camisa… ¡Virgen santa! ¡Y yo que creía que eso de tirar de un serrucho era cosa fácil!

—Maestro —me gritó mi compañero—, se está torciendo el corte.

—Pero hombre, ¡con todos los diablos! Para eso está usted arriba, fíjese y a plomo como Dios manda…

El pobre hombre no podía remediar la torcedura. Qué la iba a remediar si yo chapaleaba como pescado colgado del anzuelo.

Viendo que me ahogaba entre las nubes de aserrín, le grité a mi compañero:

—Bájese, que yo subiré a dirigir el corte.

Cambiamos de puesto; y yo me coloqué en el borde del andamio, cogí el serrucho y exclamé:

—Arriba, pues, una… dos…

Tiró el hombre y cuando yo iba a decir tres, me fui de cabeza y caí sobre mi compañero. Patas arriba quedamos ambos, él con las narices reventadas y yo con dos dientes menos y un ojo que parecía una berenjena.

La sorpresa del aserrador fue mayor que el golpe que le di. No parecía sino que le hubiera caído al pie un aerolito.

—¡Pero, maestro! —exclamó—. Pero maestro…

—¡Qué maestro ni qué demonios! ¿Sabe lo que hay? Que es la primera vez que yo le cojo los cachos a un serrucho de éstos. ¡Y usted que tiró con tanta fuerza! ¡Vea cómo me puso! (y le mostré el ojo dañado).

—Y vea cómo me dejó usted (y me enseñó las narices).

Vinieron las explicaciones indispensables, para las cuales resulté un Víctor Hugo. Le conté mi historia, y casi lo hago llorar cuando le pinté los trabajos que pasé en la montaña en calidad de desertor. Luego rematé con este discurso más bien atornillado que un trapiche inglés:

—No diga usted una palabra de lo que ha pasado porque lo hago sacar de la mina. Yo les corté el ombligo al conde y a la señora, y a los muchachos los tengo de barba y cacho. Conque tráguese la lengua y enséñeme a aserrar. En pago de eso le prometo darle todos los días durante tres meses dos reales de los doce que yo gano. Fúmese, pues, este tabaquito (y le ofrecí uno), y explíqueme cómo se maneja este mastodonte de serrucho.

Como le hablé en plata, y él ya conocía mis influencias en casa de los patrones, aceptó mi propuesta y empezó la clase de aserrío. Que el cuerpo se ponía así, cuando uno estaba arriba, y de esta manera, cuando estaba abajo; que para evitar las molestias del aserrín se tapaban las narices con un pañuelo… cuatro pamplinadas que yo aprendí en media hora.

Y duré dos años trabajando como aserrador principal con doce reales diarios, cuan-

do los peones apenas ganaban cuatro. Y la casa que tengo en Sopetrán la compré con plata que traje de allá. Y los quince bueyes que tengo aquí marcados con un serrucho, del aserrío salieron… Y el hijo mío, que ya me ayuda mucho en la arriería, es también hijo de la sirvienta del conde y ahijado de la condesa…

Cuando terminó Simón su relato soltó una bocanada de humo, clavó en el techo la mirada y añadió después:

—Y aquel pobre indio de Boyacá se murió de hambre… sin llegar a ser aserrador.

De *Cuentos y crónicas.*

Bajo la lona

Rugiero Canne

RUGIERO CANNE (1829-1882). Italiano, nacido en Milán, jamás se alejó demasiado de su entorno natal. Fue muy apreciado como cronista, y como autor de cuentos breves que llegaron a darle, en su tiempo, una sólida reputación. Escribió una única novela, *Maruja*, que fue llevada posteriormente al cine. Al final de su vida, recopiló buena parte de sus relatos en un libro, *Glosas del camino*.

El payasito *Stoppino* parecía destinado a envejecer en ese oficio. Desde muy chico, del brazo de su padre, aprendió a pintarrajearse la cara, para hacer reír a los niños de su edad. Su madre, que cocinaba en el furgón de la familia, no decía sí ni no. Casada con un payaso, conforme con esa vida, hubiera querido no obstante para su hijo un destino diferente. Le gustaba, sí, la vida del circo, sus avatares y zozobras. En el fondo, amaba todo aquello. Y, aunque lo había visto tantas veces, disfrutaba de ver a su marido, cuando las cazuelas y la escoba habían cumplido su función, dar torpes zapatazos en la pista, con las graderías llenas de niños como su hijo.

Ah, pensaba sin embargo, qué bello sería ver a su hijo convertido en un ingeniero, o en un médico, o, en fin, en un político. Llamaba con ese nombre a aquellos que, casi siempre los sábados, de chistera y leontina, iban con

sus familias al circo, y no dejaban de prodigar alguna vez una sonrisa.

—Hijo, tu padre es un gran payaso, y tú estás siguiendo sus huellas... Pero, ¿no has pensado en otra cosa? Podrías ser ingeniero, médico, político, qué sé yo...

Mas al niño, y ya es hora de deciros que su nombre era Pietro, si bien no le agradaba más ser payaso, le tentaba aún menos la idea de hacerse médico, ingeniero o político. Quería, y cuánto, ser trapecista. Casi había llegado a odiar la cara embetunada de su padre, su nariz de bulbo, sus tropezones en la pista, sus lágrimas de utilería... Sí, lo amaba, pero no le seducía emularlo. Su ambición volaba más alto, hasta la altura misma del trapecio anhelado. Desde el cómodo refugio de las gradas, había visto a lo largo de sus años muchas y muy mágicas cosas. Aquel elevarse en el aire, etéreo, imposible, aquel vuelo sin alas, casi infinito en el plazo de un segundo, aquel desafiar a la muerte, en medio de ese asombro general, pasmado, quieto, que casi parece una unánime oración...

En el mundo del circo, tan distinto a todos los otros mundos que en el mundo existen, todo es permitido. Pietro expresó su deseo de ser equilibrista, y el padre (un rostro como cualquiera, un rostro arrugado y sin afeites) y la madre (un rostro como el de

cualquier madre, adornado de silencios y de angustias) debieron por fin ceder. Pietro empezó a entrenarse con los trapecistas, un día sí y otro también, y ellos lo apoyaron sin reserva alguna, quizá porque veían en aquel chico voluntarioso el espejo, ya un tanto lejano, de su mocedad.

Dejemos un espacio, y lleguemos a la noche en que Pietro hizo su primera aparición oficial en el trapecio. Lo hizo bien. O mejor, si atendemos cabalmente a las exigencias de un buen circo, y éste lo era, no lo hizo mal. Pero día tras día, esfuerzo tras esfuerzo, riesgo tras riesgo, y sumado a ello una juventud repleta de ambiciones, llegó a convertirse, acaso más pronto de lo previsto por él mismo, en la estrella del número. Volaba por los aires, asía el esquivo trapecio con una facilidad absoluta que él sabía preñar de peligro. Y era cosa de asombro el verle dar los giros, las vueltas, las fintas, grácil como un pájaro, manejando a su antojo el pasmo de su público, hasta llegar al colofón final, el triple salto mortal, aquel triple salto siempre esperado y temido por los espectadores, ya sin la piadosa presencia de la red...

Y aquí empieza a terminar la historia. Una fatal noche, váyase usted a saber por qué, tal vez por excesiva confianza, tal vez por una maroma del destino, que gasta a ve-

ces imprevistas jugarretas, Pietro, ya en el momento mismo de dar término a su número, no supo asir a tiempo la barra salvadora. Agitó entonces los brazos, como inútiles aspas, en un vano esfuerzo de sostenerse en el aire, y voló, sí, pero directo hacia el suelo, a donde fue a estrellarse con seco estrépito, en medio de un grito colectivo de terror.

Lo primero que vio entre nieblas, al recobrar el sentido, fueron los ojos de su padre, que vertían lágrimas de vaselina, y los de su madre, que vertían consuelo y aliento. Cerró los suyos, sintió el olor de la carpa, se dejó ir, como quien muere, como mueren muchos trapecistas, inmolados al supremo orgasmo del riesgo.

Pietro no murió. Del tremendo porrazo salió con cinco costillas rotas, innúmeras luxaciones y una fractura de fémur. Gracias a ésta le quedó una leve cojera, no tan leve sin embargo que no le negara para siempre el regreso a las alturas. No volvió jamás al circo, ni se graduó de ingeniero, ni de médico, ni siquiera de político. Pero sus amigos suelen llamarlo Doctor Stoppino. Y él, al oírlos, sonríe.

De *Cuentos del camino.*
Traducción de Mónica Lombana.

La trapera

Pío Baroja

PÍO BAROJA (1872-1956). Novelista y cuentista español, es uno de los nombres fundamentales de la llamada Generación del 98. Escribió, entre muchas otras novelas, la trilogía *La lucha por la vida, Zalacaín el aventurero, Paradox, rey, El árbol de la ciencia, La ciudad de la niebla, Las inquietudes de Shanti Andía.* También es autor de un extenso (y hermoso) libro de memorias, publicado en entregas sucesivas bajo el título genérico de *La última vuelta del camino.*

Yo creo que en las ciudades grandes, si Dios está en algún lado, es en los solares. Esa irrupción de un campo desolado dentro del pueblo me enamora. Nada para mí tan interesante como ver por las rendijas de una empalizada el interior de un solar, con el suelo lleno de barreños rotos, de latas de petróleo, de ruedas de coches…

"**¿**De dónde procederá todo esto**?**", suelo preguntarme, y quisiera que el puchero cascado me contara su historia desde que vino de Alcorcón, y la escoba vieja arrimada a la pared y el cacharro roto me iniciaran en sus secretos.

Pero cuando más me seducen los solares es en la primavera; entonces me dan ganas de tenderme al sol con el sombrero echado sobre los ojos y pasar horas y horas mirando el cielo azul, viendo revolotear las abejas

y los moscardones mientras zumba el aire con murmullo sordo en los oídos.

Hay un solar junto a mi casa encantador; si algún día por casualidad pasáis de cuatro a cinco de la mañana por allá, veréis a una vieja y a una niña que empujan desde dentro dos tablas de la empalizada y salen furtivamente a la calle.

La vieja es pequeña, arrugada, sin dientes; lleva un saco vacío en la espalda y un gancho en la mano. La niña es flaca, desgarbada, tiene el rostro lleno de pecas y el cuerpo cubierto de harapos; pero andrajosa y desgreñada, irradia juventud y frescura.

Si luego que hayan marchado y doblado la esquina buscáis el sitio por donde salieron, veréis que las tablas desclavadas ceden a la presión de la mano, y que por el hueco que dejan se puede pasar al solar.

El terreno del solar no es llano; tiene, en el ángulo que forman dos casas, una hondonada profunda… Al entrar se ve primero un camino, entre montones de cascotes y de piedras, que se dirige hacia la hondonada.

En ésta hay una casa, si es que así puede llamarse a un cobertizo hecho de palos, al cual sirve de techo una puerta metálica, de ésas de cerrar los escaparates de las tiendas, rota, oxidada y sujeta por varios pedruscos.

La casucha no tiente más que un cuarto.

En éste, junto a la ventana, hay un hornillo, y sobre la ceniza blanca, unos cuantos carbones, que hacen hervir con un glu-glu suave un puchero de barro.

A veces un chorro de vapor levanta tímidamente la tapadera y deja un vaho apetitoso en el cuarto.

Os digo que es apetitoso el olor que deja al hervir el puchero de barro.

El otro día, a las cinco de la mañana, espié la salida de la vieja y la niña.

Salieron. La vieja se detuvo en la esquina, escarbó en un montón de basura, recogió unos papeles y unos trapos, los metió en el saco, y ella y la niña siguieron su camino.

Se detenían a cada paso removiendo y escarbando los montones de basura. ¡Qué deporte el del trapero! **¿**Eh**?**

Cada montón de basura es un enigma. Dentro de él ¡cuántas cosas no hay! Cartas de amor, letras de comerciantes, rizos de mujeres hermosas, periódicos revolucionarios, periódicos neos, artículos sensacionales, restos, sobre todo, de la tontería humana.

La vieja y la niña recorrieron todas las calles de los alrededores, cazando el papel, la bota vieja, el pedazo de trapo. Luego atravesaron la Plaza Mayor, y siguieron por la calle de Toledo, que estaba triste y oscura.

Entraron en el cafetín del Rastro, sitio notable por albergar lo más florido de los golfos madrileños.

Casi todas las mesas estaban ocupadas en aquella hora por mendigos que dormían con la cabeza apoyada en los brazos. El aire, lleno de humo de tabaco y de aceite frito, era irrespirable.

La vieja y la niña tomaron, por diez céntimos cada una, café con aguardiente. Salieron del cafetín. Una aurora de invierno se presentaba con colores sombríos en el cielo.

El piso bajaba por entre las dos filas de casas de la Ribera de Curtidores; luego se veía un montón confuso de cosas negras constituido por las barracas del Rastro y de las Américas; más lejos ondulaba la línea oscura del campo, bajo el cielo plomizo de una mañana de invierno.

Bajaron la cuesta, y atravesaron la Ronda. Allá, la vieja habló con los vendedores ambulantes, discutió con ellos, con frases pintorescas, recargadas de adornos de más o menos gusto, y cuando hubo cerrado sus tratos, volvió hacia Madrid.

Eran las siete. Las calles vecinas estaban intransitables; se cruzaban obreros, criadas, mozos de café, repartidores…

La vieja compró un pan grande en la calle de la Ruda, a mitad de precio, se lo dio a

la niña, que lo guardó en la cesta, y las dos se dirigieron hacia su calle…

Empujaron las tablas de la empalizada, y entraron rápidamente en el solar, quizá felices, quizá satisfechas por tener un hogar pobre y miserable, y un puchero en la hornilla que hervía con un glu-glu suave, dejando un vaho apetitoso en el cuarto.

De *Pío Boroja. Cuentos.*

El secreto del patrón Cornille

Alphonse Daudet

ALPHONSE DAUDET (1840-1897). Escritor francés, cuentista, novelista, ensayista, autor entre otras obras de *Tartarín de Tarascón, Tartarín en los Alpes, El Nabab, Cuentos del lunes,* etc., y de un libro (acaso el más recordado hoy, junto a la saga de Tartarín) de relatos y estampas breves, *Cartas de mi molino*, ambientado en su Provenza natal.

Françet Mamai, un viejo pífano, que viene de vez en cuando a visitarme por la noche y a beber vino cocido, me contó la otra noche un pequeño drama aldeano del que mi molino fue testigo hace unos veinte años. El relato del hombre me llegó al alma, y voy a tratar de contárselos tal y como lo escuché.

Imaginen por un momento, queridos lectores, que están sentados delante de un jarro de vino bien perfumado, y que un viejo pífano les habla.

Nuestro país, mi buen señor, no ha sido siempre un sitio muerto y sin refranes como lo es hoy. Anteriormente, había aquí un gran negocio de molinería y, a diez leguas a la redonda, la gente de las granjas nos traía su trigo para molerlo… A todo el rededor de la aldea las colinas estaban cubiertas de molinos de viento. De derecha a izquierda, no

se veían más que aspas que giraban con el mistral por encima de los pinos, sartas de pequeños asnos cargados de sacos que subían y bajaban a lo largo de los caminos; y toda la semana era un placer escuchar desde lo alto el ruido de los fuetes, el traqueteo de la tela y los ¡dia hue!, de los mozos de molienda… El domingo nos íbamos a los molinos, en grupos. Allá arriba, mis molineros pagaban el moscatel. Las molineras eran bellas como reinas, con sus chales de encaje y sus cruces de oro. Yo llevaba mi pífano, y hasta la negra noche se bailaba la farándola.[1] **¿**Ve usted**?**, esos molinos eran la dicha y la riqueza de nuestra tierra.

Desgraciadamente, unos franceses de París tuvieron la idea de establecer una molinería de vapor, en el camino de Tarascón. Muy bonita, muy nueva. La gente fue tomando la costumbre de mandarles su trigo a los harineros y los pobres molinos de viento se quedaron sin nada que hacer. Durante algún tiempo trataron de luchar, pero el vapor fue más fuerte, y uno después de otro, ¡qué pecado! todos se vieron obligados a cerrar… Ya no vimos venir los pequeños asnos… Las bellas molineras vendieron sus cruces de oro… ¡No más moscatel! ¡No más farándo-

1. Farándola. Baile provenzal ejecutado por una cadena alternada de bailarines y bailarinas. (N. del T.)

la!… El mistral seguía soplando, las alas permanecían inmóviles… Luego, un buen día, la comuna hizo derribar todas esas edificaciones, y en su lugar sembraron viñedos y olivares.

Sin embargo, en medio de la debacle, un molino se había mantenido y seguía girando valerosamente en lo alto de la colina, en las barbas de los harineros. Era el molino del patrón Cornille, el mismo en donde ahora conversamos.

El patrón Cornille era un viejo molinero que vivía de la harina desde hacía sesenta años, y era un apasionado de su oficio. La instalación de las harineras lo había vuelto loco. Durante ocho días se le vio correr por el pueblo, sublevando a todo el mundo a su alrededor y gritando con todas sus fuerzas que querían envenenar a Provenza con la harina de los harineros.

—No vayan allá —decía—. Esos bribones, para hacer el pan, utilizan el vapor, que es una invención del diablo, mientras que yo trabajo con el mistral y la tramontana, que son la respiración del buen Dios.

Y así encontraba una cantidad de palabras hermosas en alabanza de los molinos de viento, pero nadie las escuchaba.

Entonces, de ira viril, el viejo se encerró en su molino y vivió solo como una bestia

huraña. Ni siquiera quiso conservar a su lado a su nieta Vivette, una niña de quince años que, después de la muerte de sus padres, no tenía más que a su abuelo en el mundo. La pobre pequeña se vio obligada a ganarse la vida y a alquilarse donde podía, en las granjas, para la cosecha, la recolección de la seda o la recolección de las olivas. Y, sin embargo, su abuelo parecía querer a esa niña. Con frecuencia hacía sus cuatro leguas a pie a pleno sol para ir a verla en la granja donde trabajaba, y cuando estaba cerca de ella, pasaba horas enteras mirándola y llorando…

En la región se pensaba que el viejo molinero, al mandar fuera a Vivette, había obrado por avaricia; y aquello de dejar que su nietecita tuviera que ir de una granja a otra, expuesta a las brutalidades de los inescrupulosos y a todas las miserias de las juventudes empleadas, no le hacía ningún honor al viejo. También se pensaba mal de que un hombre tan renombrado como el patrón Cornille, y que hasta entonces había sido respetado, se fuera ahora por las calles como un verdadero bohemio, los pies descalzos, la gorra agujereada, el traje en harapos… El hecho es que el domingo, cuando lo veíamos entrar a la misa, nos daba vergüenza por él, a nosotros los viejos; y Cornille lo sentía tanto que no osaba ya venir a sentarse en las ban-

cas de adelante. Siempre se quedaba al fondo de la iglesia, cerca del agua bendita, con los pobres.

En la vida del patrón Cornille había algo que no era claro. Desde hacía mucho tiempo nadie en el pueblo le llevaba trigo, y, sin embargo, las aspas de su molino giraban a todo dar, como antes… Al atardecer, uno se encontraba por los caminos con el viejo molinero que empujaba delante de sí a su asno cargado de gruesos sacos de harina.

—Buenas tardes, patrón Cornille —le gritaban los campesinos—. **¿**Sigue andando ese molino**?**

—Sigue andando, hijos míos —respondía el viejo con aire gallardo—. A Dios gracias, no nos falta trabajo.

Entonces, si uno le preguntaba de dónde diablos podía venir tanto trabajo, se ponía un dedo en los labios y respondía con seriedad:

—¡Motus! Trabajo para la exportación…

Jamás pudo sacársele más.

En cuanto a meter la nariz en su molino, no había que soñar con ello. La pequeña Vivette misma no entraba…

Cuando uno pasaba por delante, veía la puerta siempre cerrada, las gruesas aspas siempre en movimiento, el viejo asno pas-

tando la hierba de la explanada, y un gran gato flaco que se asoleaba sobre el marco de la ventana y lo miraba a uno con aire malvado.

Todo esto olía a misterio y hacía cuchichear mucho a todo el mundo. Cada uno explicaba a su manera el secreto del patrón Cornille, pero el rumor general era que había en aquel molino aún más sacos llenos de escudos que sacos llenos de harina.

A la larga todo se descubrió, y fue así:

Haciendo bailar a los jóvenes con mi pífano, me di cuenta de que el mayor de mis muchachos y la pequeña Vivette se habían enamorado. En el fondo no me disgustó, porque después de todo el apellido de Cornille era honrado entre nosotros y, además, me habría gustado ver trotar por mi casa a ese bello pajarillo de Vivette. Sólo que, como nuestros enamorados tenían con frecuencia oportunidad de estar juntos, quise, por miedo a un posible accidente, reglamentar el asunto inmediatamente, y subí hasta el molino para decirle dos palabras al abuelo… ¡Ah! ¡El viejo hechicero! ¡Hay que ver de qué manera me recibió! No hubo manera de hacerle abrir la puerta. Le expliqué mis razones lo mejor que pude, a través del agujero de la cerradura: y durante todo el tiem-

po en que estuve hablando, ese pícaro de gato flaco bufaba como un diablo por encima de mi cabeza.

El viejo no me dio tiempo de terminar, y me gritó con muy malas palabras que volviera a mi flauta; que, si estaba afanado por casar a mi muchacho, podía muy bien ir a buscar muchachas a la harinera… Piense usted que la sangre se me subía al oír estas malas palabras, pero tuve de todos modos la suficiente cordura como para contenerme y, dejando a este viejo loco con su molienda, volví donde los jóvenes a anunciarles mi fracaso… Los pobres corderitos no podían creer; me pidieron bendición para ir juntos al molino, y hablarle al abuelo… No tuve el valor de rehusarme y, ¡prrrt!, los enamorados partieron.

Justo cuando llegaron a lo alto, el patrón Cornille acababa de salir. La puerta estaba cerrada con doble tranca; pero el viejo, al partir, había dejado su escalera afuera, e inmediatamente les vino a los muchachos la idea de entrar por la ventana, para ver un poco lo que había en este famoso molino…

¡Cosa rara! El cuarto de la molienda estaba vacío… Ni un saco, ni un grano de trigo; ni la más mínima harina en los muros ni encima de las telarañas… Ni siquiera se sentía ese buen olor cálido del trigo candeal que

aromatiza los molinos… La viga maestra estaba cubierta de polvo, y el gran gato flaco dormía encima.

El cuarto de abajo tenía el mismo aire de miseria y abandono: un lecho desordenado, algunos harapos, un pedazo de pan sobre un peldaño, y luego en un rincón tres o cuatro sacos agujereados de los que se derramaban escombros y tierra blanca.

¡Ése era el secreto del patrón Cornille! Eran estos escombros los que paseaba por los caminos al caer el sol, para salvar el honor del molino y hacer creer que allí se hacía harina… ¡Pobre molino! ¡Pobre Cornille! Desde hacía tiempo los harineros le habían quitado su último trabajo. Las aspas volteaban siempre, pero la molienda giraba al vacío.

Los muchachos volvieron llorando a contarme lo que habían visto. Se me rompía el corazón al escucharlos… Sin perder un minuto, corrí donde los vecinos, les conté la cosa en dos palabras, y convinimos en que inmediatamente había que llevar al molino Cornille todo lo que había de trigo candeal en las casas… Dicho y hecho. Toda la aldea se puso en camino, y llegamos allá arriba con una procesión de asnos cargados de trigo, ¡éste sí, trigo verdadero!

El molino estaba abierto… Delante de la puerta, el patrón Cornille, sentado sobre

un saco de escombros, lloraba con la cabeza entre las manos. Acababa de darse cuenta, al volver, de que durante su ausencia habían penetrado en su casa y habían sorprendido su triste secreto.

—¡Pobre de mí! —decía— Ahora ya no me queda sino morirme… El molino está deshonrado.

Y sollozaba que partía el alma, llamando a su molino por todos los nombres, hablándole como a una persona.

En ese momento los asnos llegaron a la explanada, y nosotros nos pusimos a gritar bien fuerte como en los bellos tiempos de los molineros:

—¡Ohé! ¡En el molino!… ¡Ohé, patrón Cornille!

Y los sacos comenzaron a apilarse delante de la puerta y el hermoso grano rojizo comenzó a regarse por todos lados…

El patrón Cornille abría los ojos muy grandes. Había cogido un poco de grano en el cuenco de su vieja mano y decía, riendo y llorando a la vez:

—¡Es trigo!… ¡Señor Dios mío!…¡Buen trigo!… Déjenme mirarlo.

Luego, volviéndose hacia nosotros:

—¡Ah! Yo sabía que volverían donde mí… Todos esos harineros son unos ladrones.

Queríamos llevarlo en hombros hasta la aldea:

—No, no, hijos míos; primero que todo, tengo que darle de comer a mi molino… ¡Imagínense! ¡Hace tanto tiempo que no tiene nada que masticar!

Todos teníamos lágrimas en los ojos al ver al pobre viejo moverse de un lado para el otro, vaciando los sacos, vigilando la molienda, mientras el grano era triturado y el fino polvo de trigo candeal volaba hacia el cielo raso.

Para hacernos justicia: a partir de ese día, jamás dejamos que al viejo molinero le faltara trabajo. Después, un día, el patrón Cornille murió, y las aspas de nuestro último molino dejaron de girar, para siempre esta vez… Muerto Cornille, nadie tomó su puesto. ¡Qué vamos a hacerle, señor!… Todo tiene un fin en este mundo, y hay que creer que el tiempo de los molinos de viento pasó como aquel de los coches sobre el Ródano, de los parlamentos y de las chaquetas de grandes flores.

De *Cartas de mi molino.*
Traducción de Anita Gómez de Cárdenas

El viático

Miguel Torga

MIGUEL TORGA (1907-1995). Graduado en Medicina, fue primero poeta y luego, además, cuentista y novelista. Es considerado uno de los más grandes escritores portugueses del siglo XX. Aparte de sus numerosos volúmenes de novelas, cuentos y poesía, escribió a lo largo de muchos años un *Diario*, juzgado hoy documento casi imprescindible para comprender la historia del Portugal de su tiempo.

La jornada, larga y dura, había terminado. Desde por la mañana, y de un extremo a otro, los arados —profundos, cortantes, inexorables— habían estado rasgando todo Valongueiras.

—¡Je…!

Y las yuntas de bueyes, chorreando moco por las narices, con el estiércol pegado a las herraduras, ajustaban su cerviz al yugo y continuaban su penoso ir y venir.

—¡Da la vuelta, Torrado! ¡Da la vuelta!

El enganche de la orejera del arado saltaba en el pie del timón, la reja cambiaba de dirección, y la tierra se abría en otro golpe fresco, oloroso y amplio.

—¿Qué tal está la tierra? —preguntaba el Raboto, que solía ser el último del pueblo en sembrar.

—Buena…

Y las aletas de la nariz del que llevaba la mancera se ensanchaban con esa lujuriosa casta del animal que huele su nido.

—¡Vamos! ¡Vamos, que esto tiene que quedar acabado hoy! —gritaba Bernardino.

—No va a dar tiempo… —le hacía ver su hijo.

—**¿**Cómo que no**?** ¡Tira para adelante, tira para adelante!

Las horas, cortadas por la guadaña como el herrén, caían sumisas en la frescura del surco regado. Y se quedaban dormidas.

—¡Da la vuelta! Y no los hagas tan anchos.

—¡Careto! ¡Sigue, ladrón!

—Vas a ver cómo lo dejamos todo hecho. ¡Mira lo cerca que están los bardos…!

—Lo peor son los bueyes… Si siguen tirando de esta manera…

—¡Pícales! ¡Que aguanten un poco más!

No les preocupaba más que el sudor que les corría a los animales por la ijada. Al celo egoísta de sus dueños, se unió un íntimo sentimiento de justicia, que distinguía el trabajo voluntario del esfuerzo que se les imponía a las bestias.

Hasta que el día, cansado también, llegó a su fin.

—¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo!

—¡Sea por siempre bendito y alabado!

Con estas frases, esperadas desde el amanecer y de las cuales ya nadie se acordaba, cesaban la labor. De tanto doblarse sobre los campos y de tanto enterrarse en ellos, el cuerpo se había olvidado del momento de la liberación y de la cena. Y cuando más tarde, en su casa o en las mesas de los otros, recuperaban fuerzas, les inquietaba todavía la pesadilla de tener que rematar los recodos a los que el arado no había llegado.

—¡Dadle, dadle con ganas!

Por toda la aldea se extendía un perfume fuerte y caliente de final de yugada. Al crepúsculo que les había obligado a dejar el trabajo, le había sucedido una claridad de luna llena, indecisa, tibia, de noche de mayo. Y en ese viraje de luz, conscientes ahora de la energía que habían gastado, exhaustos y secos, comían y bebían como lobos.

—¡Otra ronda! ¡Vamos!

La calabaza, rezumante de saliva pegajosa y de mosto, pasaba de boca en boca. Y los labios, gruesos y agrietados, sorbían con avidez de aquel manantial la renovación de la vitalidad que habían dejado enterrada en la hondura de los surcos.

—¡Otro trago!

La excitación inicial iba dando lugar a un sopor pesado que, aunque los librase de la fatiga de todo el día, les quitaba también la con-

ciencia de que seguían siendo seres humanos. Era la caída somnolienta en el abismo de la nada, sin arado y sin esperanza, de la que sólo podría sacarles el sonido imperativo de la campana gorda de la iglesia, para avisarles de que salía el Señor para un viático.

—¡Era lo que nos faltaba!

—¡Nadie te manda ir!

¡Claro que no! Pero se sentían obligados a obedecer a la orden que bajaba del campanario. Habían acabado de sembrar la vida y tal vez por eso la muerte estaba ahora más vigilante dentro de ellos. Hoy tú, mañana yo, les decía su instinto. Y callados, todos a una, empezaron a tragarse el pan y las tajadas con una prisa sin gusto.

—¡Vamos a echar otra pinta!

Sin voluptuosidad, sólo para terminar el vino, la calabaza pasó de mano en mano, rápidamente. De la iglesia, en la parte alta del pueblo, salía ya don Gusmão, el cura, con un rebaño de gente alrededor, que iría engrosándose calle abajo.

—… sa-cra-mento… de la eu…ca…ris…ti-í-a…

La luz de la luna, ahora más viva, se reflejaba en la capa del párroco, y cubría a la muchedumbre de una belleza fantástica e irreal.

—… fru-to de tu vien-tre sagra-a…do…

Los hombres, con la garganta abrasada del

polvo de los sembrados, entonaban los cánticos con una voz gruesa, pastosa, cubriendo de *humus* el cristalino canto de las mujeres, leve y fluctuante como un fuego fatuo. Y eran ellos los que prendían a la realidad del mundo aquella procesión irreal, que hasta la luna parecía acompañar, moviéndose en el cielo raso.

—**¿**Dónde es**?**

—En el molino del Fojo.

—¡Leches!

—Con la fresca, es un paseo.

—¡Si uno no hubiera estado desterronando todo el santo día!

Los más cansados iban escabulléndose ladinamente por los corrales, por las callejuelas y por los huertos, temerosos de la larga caminata. Y permanecían culpablemente escondidos mientras seguían entre los pinares los cuatro faroles encendidos, guardianes de la sagrada partícula que don Gusmão llevaba en la píxide, junto a su pecho.

Celosa de aquel momento dramático y solemne, la campana seguía tocando, sombría y autoritaria. Y en el pueblo, las casas que tenían luz parecían estar marcadas por una estrella de traición.

—*… virgen purí-sima, Santa Mari-ía…*

—¡Canta, mujer!

—¡Ya me duele la garganta!

Aquella voz que se había apagado hacía falta en el coro. Pero el codazo de la vecina la elevó y nuevamente el Señor y los matorrales adormilados sintieron las caricias de las agudas y aterciopeladas notas de la muchacha.

Perdido entre los yermos de Midões, el molino del Fojo tardaba en salir al encuentro de aquella leva de melodía y de fe que lo estaba buscando. Pero el tropel no renunciaba a encontrarlo, a purificarlo con su calor, y seguía, compacto, clamoroso, bajando cuestas, subiendo montes, saltando arroyos, creyendo fervorosamente que era la verdad personificada y puesta en camino.

—*… alabado sea…*

Cada uno se sentía como una parcela del Dios que iba delante, guiándolos y compartiendo con ellos su poder de salvación. Se arrastraban sin tener conciencia de su cuerpo, tan leves como los elegidos, movidos únicamente por la fuerza de la misión trascendental de que se creían investidos. Y ante esa exaltación se borraba en los ojos de todos el relieve de las cosas, la distancia del camino, la grandeza del paisaje. Cuando finalmente apareció Malaquias arrodillado en el estercolero del huerto y con las manos levantadas, aquel alud piadoso y ciego estuvo a punto de arrastrarlo. La integración en otra vida anulaba la realidad de ésta.

—¿Se trata de tu mujer? —le preguntó el párroco delante de todo aquel acompañamiento, ahora ya súbitamente despierto.

—Sí, señor.

Se hizo un silencio penoso, que volvió a colocar el cielo en su altura y que le robó a cada uno ese íntimo sentimiento de participación en la divinidad. Todos sabían que ese triste momento tenía que llegar. Y lo temían en secreto. Ahora, el Señor ya no les pertenecía. Iba a morir en la boca de la agonizante, dejándolos solos, terrosos, derrengados de cansancio, con la legua y media del camino de vuelta para patear. Al día siguiente volvería a estar en la iglesia parroquial, severo, exigiendo el sombrero en la mano y una pequeña genuflexión a quien pasase por la calle. Pero ya no volvería a ser enteramente de ellos hasta que otro feligrés recibiese la orden de partir, y lo reclamase desde su cama. Entonces, sonaría de nuevo la campana gorda y de nuevo volverían a verlo, volverían a participar en el poder que de él emanaba, volverían a fundir amarguras y desesperaciones en la inmaterialidad ácima de su omnipotencia.

—¿Cuánto tiempo hace que está enferma?

—Ha sido ahora, de parto…

—¿Pero ya ha tenido el niño?

—No. Por eso es por lo que está tan malita…

Un escalofrío de conmoción terrena recorrió a aquella multitud desencantada.

—Vamos adentro…

El molinero guió al párroco hasta su mujer, y fuera de la casa el mundo se transformó definitivamente en algo concreto y palpable. Encerrado en el tabernáculo de la habitación, el halo de irradiación sobrenatural no tenía fuerzas para atravesar las paredes.

—**¿**Me traen al Señor**?** —lloró Filomena, llamada por la inefabilidad de la capa dorada del sacerdote.

—Sí…

—Está bien… Está bien… Pero **¿**y mi niño**?** Hace tres días que estoy pasando un calvario…

El cura dejó resbalar sus ojos aprensivos por la cara ruda del sacristán, apostado junto a él como un ordenanza impasible.

—João, ¡vete fuera!

El acólito pegó encima del cajón que hacía de mesilla de cabecera la vela que tenía en la mano, y salió. Un olor dulzón y empalagoso a cera y a transpiración entoldaba aquel cubículo.

—¡Explícame eso ahora!

Blanda, débil, Filomena renovó sus quejas. De sus labios secos y descoloridos volvió

a salir el mismo lamento severo que hacía un momento había elevado contra los hombres y contra Dios.

—El niño… Quiere salir y no puede… Hace un poco que ha sacado la manita…

De la caminata, del calor de la habitación y de las palabras que estaba oyendo, el párroco se ahogaba dentro de sus paramentos. El sudor chorreaba por sus sienes congestionadas. Al esfuerzo realizado y a la pesadez del ambiente, se unía la inesperada urgencia de aquella llamada terrenal, que se oponía a la intemporalidad consustanciada que sostenía en sus manos indignas y mortales. Inopinadamente, los valores cambiaban de signo, lo transitorio se superponía a lo eterno, y sólo había una cosa que se mantenía firme ante sus ojos de hombre: la molinera acostada en su cama y un hijo dentro de ella que pedía mundo.

—¡Malaquias! —gritó fuera de sí.

—Padre…

—¿Por qué no has ido a buscar al médico de Lordelo en vez de llamarme a mí?

—Fui, pero estaba enfermo. Me mandó a la Vila y allí me pedían cuatro mil reales…

Los pies del sacerdote estaban ahora bien asentados en el entarimado de la alcoba. El rumor que venía de la calle traía a sus oídos un estímulo de naturalidad y de

tierra. La angustia de Filomena pedía y ordenaba.

—Bueno, mira: espera ahí fuera una pizca…

La cara blanca y pálida de Filomena parecía estar espolvoreada con la harina que lo cubría todo. Enternecido, el párroco la miró con una simpatía humana que sólo había sentido de niño. Y durante esos momentos de comunión, colocó el sagrado viático sobre el cajón, al lado de la vela, se quitó la estola y la capa, y le dijo, al mismo tiempo que levantaba la ropa de la cama:

—¡Vamos a ver eso!

Era la primera vez que veía a una mujer en aquel abandono, y un latigazo del instinto alteró el ritmo de su corazón. Filomena, por su parte, a pesar de que ya casi se había despedido de este mundo, también sintió en su cuerpo la brisa de un pudor violado. Pero la fuerza de la realidad los serenó a los dos casi inmediatamente.

—¡Hace tres días…! —gimió la infeliz, quejándose y justificándose.

Amoratada, la manita colgaba entre los dos muslos peludos, redondos, surcados de venas negras entumecidas.

—Y Matilde, la partera, **¿**ya ha venido**?**

—No pudo hacer nada, dijo que sólo el doctor…

Los sacramentos, inútiles, seguían sobre el cajón, al lado de la ropa. La vela se iba consumiendo lentamente. En el huerto se seguía inquietando ruidosamente la gente.

—¡Malaquias!

—Padre…

—Trae agua.

Con el barreñón hasta el borde, atontado, el molinero miró alternativamente a su mujer abierta de piernas, y al cura, que se estaba remangando.

—Déjalo ahí y ahora calienta un poco…

Aquel infeliz corrió hacia la cocina, y el párroco, en cuanto se lavó, con un estremecimiento de pecado, agarró la manecita. Sus dedos ásperos y huesudos temblaron de repugnancia y de miedo al contacto con aquella carne tierna. Pero un momento después tocaban ya confiados y sin ascos, dentro de Filomena, el resto de un cuerpo escurridizo.

La mujer se quejaba suavemente. En la calle, el sacristán calmaba como podía la impaciencia de la gente. Las piedras del molino iban desmenuzando el maíz.

Después de un gran esfuerzo de Filomena y del cura, un piececito agarrotado salió tras la garra poderosa que había entrado a por él. Un grito agudo llegó hasta la turba, asustándola.

—¿Qué ha pasado?

—¡Callaos!

Ya estaban a la mitad del camino y el párroco estaba decidido a llegar al final. Guiados por una intuición de raíz y por una ciencia brumosa de manual, sus dedos parecían adivinar en medio de la oscuridad.

—Ten paciencia, hija…

Dos lágrimas de dolor y de gratitud corrieron por el rostro de Filomena.

—¡Malaquias!

—Padre…

—Trae agua caliente…

El molinero entró en la habitación y cuando vio que su hijo estaba casi fuera, a punto estuvo de dejar caer el recipiente. Malaquias no sabía hacer nada más que cargar la tolva y el mulo. Por eso había pasado aquellos tres días de pesadilla, aturdido, corriendo de Lordelo a Feitais, en busca de la partera y del médico. Pero como nadie le había ayudado, se había resignado a ver morir a su mujer. Y la veía ya subir al cielo, acunada por el coro que los vecinos de Valongueiras habían hecho desde la iglesia hasta allí, cubierta de la harina del molino, que en aquella casa lo blanqueaba todo: las telas de araña, el gato y el traje de la boda. Su viudez era ya una soledad consentida, aunque el cuerpo de su compañera estuviera todavía caliente en

la cama. Lo que esperaba pues del cura era que consumase lo que faltaba de esa transfiguración, y borrase de su entendimiento el rastro de aquella presencia que no le dejaba tener una paz completa.

—¡No te quedes ahí mirando como un estúpido! Deja eso y mira a ver si me traes una tijera e hilo. ¡Muévete!

No faltaba más que la cabeza y salió después de que Filomena gastara sus últimas fuerzas en gritar.

—¡Ya está! ¡Aquí lo tenemos!

En la exclamación de triunfo de don Gusmão había algo herético que hería los oídos del molinero. Pero, por otro lado, nada podría conmoverlo más que ver a su hijo patalear entre aquellas manos fuertes, humanas, que acababan de robárselo a la oscuridad de la nada.

—Se parece a ti. Y por lo visto no le gusta el agua… ¡Dame la toalla!

—¡Pobrecito!

—¡Sécalo! Y esta valiente, **¿**cómo se encuentra**?**

La cara descolorida de Filomena tenía ahora una paz de jornada terminada. Exhausta, miró emocionada unos instantes al niño, dejó que dos lágrimas de ternura rodasen por sus mejillas, y se sumergió en un sueño profundo.

—Llama a una de las mujeres que están ahí fuera. Mira a ver si está Constanza…

Malaquias salió corriendo, atontado por la alegría y el asombro, y entró poco después acompañado de la vieja.

—Encárguese del pequeñín, y quédese junto a ella, que lo peor ya ha pasado.

—¡Qué niño más bonito!

Constanza arropó con su toquilla la desnudez limpia de la pequeña vida que estrenaba entre sus brazos el calor del mundo, y don Gusmão se lavó las manos, se bajó las mangas y se paramentó otra vez.

—¡João!

—Diga, padre…

—Vámonos.

El Señor se levantó entonces del cajón, solemne, y se cubrió nuevamente con el palio de su gloria.

De *Cuentos de la montaña.*
Traducción de Eloísa Álvarez.

La tipografía

Carlos Castro Saavedra

CARLOS CASTRO SAAVEDRA. (1924-1989) Antioqueño, nacido en Medellín. Poeta ante todo, varios de sus libros (***Fusiles y luceros, Camino de la Patria, Despierta, joven América, Los ríos navegados, Humo sobre la fiesta,*** entre otros), son fundamentales en el recuento de la poesía colombiana. Pero fue también un prolífico cronista, cuentista y dramaturgo. Publicó además una novela, ***Adán Ceniza,*** con la cual ganó en 1981 el Premio de Novela Jorge Isaacs.

El mundo de la tipografía es maravilloso. Dentro de él hay pájaros de plomo que tratan de elevarse, y apenas alcanzan a cantar entre las manos de los tipógrafos.

La tipografía vino a auxiliar a los hombres que construyen países con palabras y aspiran a que sus semejantes los habiten. La tipografía es, ni más ni menos, la realización de un sueño de eternidad. Ella se hizo presente para que no se murieran las canciones en mitad del camino, para que no se perdieran las huellas de la inteligencia bajo la tierra de los cementerios. Los tipógrafos son los más devotos servidores del espíritu, los más útiles y desinteresados amigos de la frente que piensa. Así como los ríos recogen las estrellas del cielo, una a una, y las ponen sobre sus páginas de agua, los tipógrafos reúnen las letras, una a una también, y las ponen sobre

papeles blancos, mas no de cualquier modo, sino en forma ordenada y perdurable.

Dentro de las tipografías hay siempre aire de alumbramiento, luz de parto, expectativa de hombre que espera la llegada de un hijo o de un buque. Allí se escucha el jadeo de la vida reciente. Se siente cuando los pensamientos toman cuerpo y se vuelven hermosos y visibles. Cada palabra que el linotipo atrapa, con su golpe uniforme, con su música terca, se salva de la muerte, o por lo menos asegura para sí una existencia más larga. Los linotipistas, seguros de sí mismos, teclean con ritmo, y ponen un poco de su sangre en el metal, para que los frutos de su trabajo sean humanos y completos.

Desde el momento en que los libros empiezan a nacer, desde que brota la primera hoja, la tipografía hace las veces de paloma y de ala. De paloma mensajera que lleva a todos los rincones del mundo las conquistas de la inteligencia, y de ala que reparte por los ojos de todos los seres, como granos de luz, la poesía y las palabras reveladoras.

Los tipógrafos se enamoran de su trabajo. Hacen de su faena diaria algo más que un esfuerzo habitual. Toman su oficio con cariño, y es así como logran formar un solo cuerpo con las tipografías, con la música de las máquinas impresoras y las manchas de tin-

ta. Se diría que es la sombra de ellos la que queda en las páginas de los libros, minuciosamente ordenada e iluminada desde abajo, desde la raíz de las letras y las palabras. Ver trabajar a los tipógrafos es conmovedor. Dividen el papel en centenares de pedazos nevados, de un solo golpe, y lo hacen con tanta precisión y sabiduría, que el relámpago de la cuchilla se apaga emocionadamente. Arman su mundo sin afán, y, muchas veces, la serenidad que falta a los autores al escribir, les sobra a ellos al hacer su labor artesanal. Más que deslizarse, entre sus manos los rodillos vuelan, y dejan tras sus alas oscuras las primeras imágenes de la edición, los rostros que más tarde darán vida a los personajes de las novelas y las fábulas. Realizan la impresión definitiva con golpes claros y seguros, y es entonces cuando las tipografías suenan triunfalmente, primaveralmente, y empiezan a nacer hojas nuevas y numeradas, cuyo olor es el mismo de la vida y del amanecer.

Después van los tipógrafos a doblar el papel, a coser cuadernillos con hilo o con alambre, a agrupar los capítulos, finalmente, bajo el cielo de la portada. El libro es como un pueblo donde termina el viaje editorial y comienza el camino de los lectores. Gracias, pues, a los tipógrafos, el mundo está lleno de senderos escritos, por donde van los ojos de

los hombres a descubrir las luces y los reinos del alma.

Incontables son las batallas que han dado los tipógrafos por la libertad de las naciones, por el mejoramiento del mundo en todos los sentidos. Humildemente, sin ostentación, han ayudado al árbol a crecer, al hombre a construir su propia historia, y al niño a comprender que las naranjas, con sus vestidos amarillos, iluminan las fiestas de los pájaros.

A la tipografía y los tipógrafos deben los escritores parte de su existencia. Si no hubiera prensas y hombres que conocen los secretos de las mismas y saben multiplicar en el papel los frutos de la frente, sería muy penosa la marcha de los poemas y los himnos, de los relatos y las oraciones, y muchos testimonios humanos se perderían en la sombra, y no alcanzarían a llegar al corazón de los que tienen sed de madrugadas universales.

Para los tipógrafos, pues, el abrazo de todos los hombres, y un sol mucho más grande que el que actualmente alumbra.

De *Elogio de los oficios.*